

ganz1912

Pierre Bourdieu



Contrafuegos

*Reflexiones para servir a la resistencia
contra la invasión neoliberal*



ANAGRAMA
Colección Argumentos

ganz1912

Pierre Bourdieu

Contrafuegos

Reflexiones para servir a la resistencia
contra la invasión neoliberal

Traducción de Joaquín Jordá



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

*Contre-feux. Propos pour servir à la résistance contre l'invasion
néo-libérale*

© Liber-Raisons d'Agir
París, 1998

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Ilustración: «Painting 1948-D», 1948, Clyfford Still,
colección William S. Rubin, Nueva York

Primera edición: febrero 1999

Segunda edición: septiembre 2000

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1999

Pedré de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-0571-6

Depósito Legal: B. 37474-2000

Printed in Spain

Liberduplex, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Si me he decidido a reunir para su publicación estos textos, en su mayoría inéditos, es porque tengo la sensación de que los peligros contra los cuales han sido encendidos los contrafuegos cuyos efectos querían perpetuar no son ni puntuales ni ocasionales, y que estas reflexiones, si bien se hallan más expuestas que los escritos metódicamente controlados a las discordancias relacionadas con la diversidad de las circunstancias, podrían, no obstante, proporcionar armas útiles a quienes se empeñan en resistir al azote neoliberal.¹

Siento escasa propensión a las intervenciones proféticas, y siempre he desconfiado de las ocasiones en

1. Aun a riesgo de multiplicar las rupturas de tono y estilo vinculadas a la diversidad de las situaciones, he presentado las intervenciones seleccionadas por orden cronológico para hacer más evidente el contexto histórico de declaraciones que, sin reducirse a una situación determinada, jamás se someten a las generalidades prolijas y vagas de lo que se denomina a veces «filosofía política». He añadido aquí y allá unas mínimas sugerencias bibliográficas para permitir al lector prolongar la argumentación propuesta.

que podía sentirme arrastrado, por la situación o las solidaridades, a ir más allá de los límites de mi competencia. Por consiguiente, no me habría comprometido con tomas de posición públicas de no haber tenido, en cada ocasión, el sentimiento, tal vez ilusorio, de sentirme autorizado por una especie de rabia legítima, parecida a veces a un vago sentimiento del deber.

El ideal del intelectual colectivo, al que he intentado adecuar me siempre que podía coincidir con otras personas sobre algún punto concreto, no siempre ha sido fácil de cumplimentar.¹ Y si he debido, para ser eficaz, comprometerme a veces en persona y en nombre propio, siempre lo he hecho con la esperanza, si no de desencadenar una movilización, o incluso uno

1. De mis intervenciones colectivas, especialmente en el seno de la Association de réflexion sur les enseignements supérieurs et la recherche (ARESER), el Comité international de soutien aux intellectuels algériens (CISIA) y el Parlamento Internacional de Escritores (con el cual he dejado de identificarme), he conservado únicamente el artículo publicado en *Libération* con el título de «Le sort des étrangers comme schibboleth» [«La suerte de los extranjeros como piedra de toque»], con la autorización de mis coautores visible (Jean-Pierre Alaux) e invisibles (Christophe Daadouch, Marc-Antoine Lévy y Danièle Lochak), víctimas de esa censura ejercida de manera espontánea y banal por los periodistas responsables de tribunas denominadas libres en los periódicos: siempre a la búsqueda del capital simbólico asociado a determinados nombres propios, poco amigos de los textos firmados con siglas o con varios nombres —uno de los obstáculos, y no el menor, para la constitución de un intelectual colectivo— y propensos a hacer desaparecer, bien después de una negociación, bien, como en el caso que nos ocupa, sin consultarlo, los nombres poco conocidos por ellos.

de esos debates sin objeto ni sujeto que surgen periódicamente en el universo mediático, sí, por lo menos, de romper con la apariencia de unanimidad que constituye lo esencial de la fuerza simbólica del discurso dominante.

LA MANO IZQUIERDA Y LA MANO DERECHA DEL ESTADO¹

P.: *Uno de los últimos números de la revista que dirige está dedicado al tema del sufrimiento.*² *Contiene varias conversaciones con personas a las que los medios no conceden la palabra: jóvenes de barrios marginales, pequeños agricultores, trabajadores sociales... El director de un colegio conflictivo expresa, por ejemplo, su amargura personal: en lugar de ocuparse de la transmisión de conocimientos, se ha convertido, en contra de su deseo, en policía de una especie de comisaría. ¿Cree que esos testimonios individuales y anecdóticos permiten entender un malestar colectivo?*

P. B.: En la investigación que emprendimos sobre el sufrimiento social entrevistamos a muchas personas que, como ese director de colegio, viven las contradicciones del mundo social, percibidas en forma de dramas personales. Podría citar asimismo a cierto direc-

1. Entrevista con R. P. Droit y T. Ferenczi, publicada en *Le Monde*, el 14 de enero de 1992.

2. «La souffrance», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 90, diciembre de 1991, 104 p.; P. Bourdieu et al., *La misère du monde*, Éd. du Seuil, París, 1993.

tor de proyecto, encargado de coordinar sus actividades en una «zona difícil» del extrarradio de una pequeña ciudad del norte de Francia. Se ha enfrentado a contradicciones que rayan el límite más extremo de las que experimentan actualmente todos los denominados «trabajadores sociales»: asistentes sociales, educadores, magistrados de base, así como, cada vez más, profesores y maestros. Constituyen lo que llamo la mano izquierda del Estado, el conjunto de agentes de los ministerios llamados dispendiosos, que son la huella, en el seno del Estado, de las luchas sociales del pasado. Se enfrentan al Estado de la mano derecha, a los *enarques** del Ministerio de Hacienda, los bancos públicos o privados y los gabinetes ministeriales. Muchos de los movimientos sociales a los que ayudamos (y ayudaremos) expresan la rebelión de la pequeña nobleza de Estado contra la gran nobleza de Estado.¹

P.: *¿Cómo explica esa exasperación, esas manifestaciones de desesperación y esas rebeliones?*

P. B.: Creo que la mano izquierda del Estado tiene la sensación de que la mano derecha ya no sabe o, peor aún, no quiere realmente saber lo que hace la mano izquierda. En cualquier caso, ya no quiere pagar su coste. Una de las principales razones de la desesperación de todas esas personas procede, en realidad, de que el

* Antiguo alumno de la E.N.A. (École nationale d'administration). El término hace referencia a que suelen copar los cargos más relevantes de la Administración. (N. del T.)

1. Véase el libro de P. Bourdieu *The State Nobility. Elite Schools in the Field of Power*, Polity Press, Cambridge, 1996.

Estado se ha retirado, o está a punto de hacerlo, de cierto número de sectores de la vida social que le correspondían y de los que se responsabilizaba: la vivienda social, la televisión y la radio públicas, la escuela pública, la sanidad pública, etcétera, comportamiento aún más sorprendente o escandaloso, por lo menos para algunos de ellos, dado que se trata de un Estado regido por un gobierno socialista del que cabría esperar, por lo menos, que garantizara el servicio público como servicio abierto y ofrecido a todos, sin distinciones... Lo que se describe como una crisis de lo político, un antiparlamentarismo, es, en realidad, una desesperación respecto al Estado como responsable del interés público.

Que los socialistas no hayan sido tan socialistas como pretendían no desconcertaría a nadie: los tiempos son duros y el margen de maniobra escaso. Pero lo que puede sorprender es que hayan podido contribuir tanto al menoscabo de la cosa pública: en primer lugar con los hechos, mediante toda clase de medidas o políticas (me limitaré a citar los medios) tendentes a liquidar las conquistas del Estado del bienestar, pero también, y quizá sobre todo, en el discurso público, mediante el elogio de la empresa privada (como si el espíritu empresarial no tuviera otro terreno que la empresa) y el estímulo del interés privado. Todo eso resulta bastante sorprendente, sobre todo, para aquellos a quienes se manda a primera línea a fin de desempeñar las funciones llamadas «sociales» y suplir las insuficiencias más intolerables de la lógica del mercado sin darles los medios para realizar realmente su misión. ¿Cómo no van a sentirse constantemente engañados o desautorizados?

Hubiera debido comprenderse desde hace tiempo que su rebelión va mucho más allá de los problemas salariales, por más que el salario pagado sea un índice inequívoco del valor concedido al trabajo y a los trabajadores correspondientes. El desprecio hacia una función queda patente por la remuneración más o menos ridícula que le es otorgada.

P.: ¿Cree que el margen de maniobra de los dirigentes políticos es tan reducido como dicen?

P. B.: Sin duda, es mucho menos reducido de lo que se pretende hacernos creer. Y, en cualquier caso, sigue siendo un terreno donde los gobernantes tienen mucho campo de maniobra: el de lo simbólico. La ejemplaridad del comportamiento tendría que imponerse a todo el personal del Estado, sobre todo, cuando éste se enorgullece de una tradición de entrega a los intereses de los más necesitados. Ahora bien, ¿cómo no dudar cuando se ven no sólo los ejemplos de corrupción (a veces casi oficiales, como las primas que reciben ciertos altos funcionarios) o de traición al servicio público (la palabra es, sin duda, demasiado fuerte: en realidad, pensaba en esos altos funcionarios que abandonan la Administración por la empresa privada), sino todas las formas de desviación, para fines privados, de bienes, beneficios y servicios públicos: nepotismo, favoritismo (nuestros dirigentes tienen muchos «amigos personales»...),¹ clientelismo?

1. François Mitterrand, presidente de la República entre 1981 y 1995, era frecuentemente elogiado por su «fidelidad a los amigos», y muchas de las personas que nombró para puestos importantes tenían como virtud principal, según la prensa, ser «amigos personales» suyos.

¡Y no me refiero a beneficios simbólicos! Es indudable que la televisión ha contribuido tanto como los sobornos a la degradación de la virtud cívica. Ha convocado y empujado a las candilejas de la escena política e intelectual a unos «¿Me viste?» preocupados, sobre todo, por hacerse ver y hacerse valer, en total contradicción con los valores de oscura entrega al interés colectivo que caracterizaban a los funcionarios o los militantes. Es la misma preocupación egoísta de hacerse valer (muchas veces a costa de unos rivales) lo que explica que las *declaraciones efectistas*¹ se hayan convertido en una práctica tan común. Para muchos ministros parece que una medida sólo vale si puede ser anunciada y considerada realizada desde que ha sido notificada. En suma, la gran corrupción, cuyo descubrimiento escandaliza tanto porque revela el desfase entre las virtudes profesadas y las prácticas reales, sólo es la culminación de innumerables pequeñas «debilidades» cotidianas, de la búsqueda de la promoción personal, de la aceptación apresurada de los privilegios materiales o simbólicos.

P.: *Frente a la situación que describe, ¿cuál es, en su opinión, la reacción del ciudadano?*

P. B.: Hace poco leí un artículo de un escritor alemán sobre el antiguo Egipto. Explica que, en una época de crisis de confianza en el Estado y el bien públi-

1. A las que, siguiendo el ejemplo de Jack Lang, reducen su acción política algunos ministros, y que normalmente se quedan en eso, en meras declaraciones.

co, se veían florecer dos cosas: entre los dirigentes, la corrupción, correlativa con la decadencia del respeto hacia la cosa pública, y, entre los dominados, la religiosidad personal, asociada a la desesperación respecto a los remedios temporales. De la misma manera, actualmente se vive la sensación de que el ciudadano, al sentirse rechazado al exterior del Estado (que, en el fondo, sólo le pide las contribuciones materiales obligatorias y, sobre todo, no exige ninguna entrega, ningún entusiasmo), rechaza al Estado y lo trata como una potencia extranjera a la que utiliza en favor de sus intereses.

P.: Se ha referido antes a la amplia libertad de que gozan los gobernantes en el terreno simbólico. Éste no concierne únicamente a los comportamientos que ha puesto como ejemplo. Comprende también los discursos y los ideales movilizados. ¿De dónde procede, en ese punto, la deficiencia actual?

P. B.: Se ha hablado mucho del silencio de los intelectuales. Lo que me sorprende es el silencio de los políticos. Carecen por completo de ideales movilizados. Sin duda, porque la profesionalización de la política y las condiciones exigidas de quienes quieren hacer carrera en los partidos excluyen cada vez más las personalidades inspiradas. Sin duda, también porque la definición de la actividad política ha cambiado con la llegada de un personal que ha estudiado en las escuelas (de ciencias políticas) que, para dar impresión de seriedad o, simplemente, para evitar parecer gruñón o anticuado, es mejor hablar de gestión que de autoges-

ción y lo más conveniente, en cualquier caso, es asumir las apariencias (es decir, el lenguaje) de la racionalidad económica.

Prisioneros del estricto economicismo corto de vista de la visión del mundo del FMI, que también hace (y hará) estragos en las relaciones Norte-Sur, todos esos aprendices en materia de economía omiten, evidentemente, tener en cuenta los costes reales, a corto y, sobre todo, a largo plazo, de la miseria material y moral que es la única consecuencia segura de la *Realpolitik* económicamente legítima: delincuencia, criminalidad, alcoholismo, accidentes de tráfico, etcétera. También en este caso la mano derecha, obsesionada por el problema de los equilibrios financieros, ignora lo que hace la mano izquierda, enfrentada a las consecuencias sociales, a menudo muy costosas, de las «economías presupuestarias».

P.: *¿Es que ya no son creíbles los valores en que se fundaban los actos y las contribuciones del Estado?*

P. B.: Los primeros en escarnecerlos son muchas veces quienes deberían ser sus máximos guardianes. El Congreso de Rennes¹ y la ley de amnistía² han contribuido más al descrédito de los socialistas que diez años de campaña antisocialista. Y un militante «desen-

1. El Congreso de Rennes fue ocasión de terribles conflictos entre los dirigentes de las grandes corrientes del Partido Socialista, Lionel Jospin, Laurent Fabius y Michel Rocard.

2. Ley aplicada especialmente a los militares que mandaban el ejército francés de Argelia responsables del pronunciamiento contra el gobierno del general De Gaulle.

gañado» (en todos los sentidos de la palabra) hace más daño que diez adversarios. Así pues, diez años de poder socialista han traído como consecuencia la ruina de la fe en el Estado y la culminación del desmantelamiento del Estado providencia iniciada en los años setenta en nombre del liberalismo. Pienso especialmente en la política de la vivienda.¹ Tenía como objetivo manifestar arrancar a la pequeña burguesía del hábitat colectivo (y, con ello, del «colectivismo») y vincularla a la propiedad privada en su chaletito individual o su piso en régimen de propiedad horizontal. En cierto sentido, esta política ha triunfado del todo. Su culminación ilustra lo que decía hace un momento sobre los costes sociales de determinadas economías. Ya que es, sin duda, la causa principal de la segregación espacial y, con ello, de los problemas de los «suburbios residenciales».

P.: *Si se quiere definir un ideal, sería, por tanto, el retorno al sentido del Estado, de la cosa pública. Usted no comparte esta opinión general.*

P. B.: ¿De quién es la opinión de la opinión general? De las personas que escriben en la prensa, de los intelectuales que predicán «que hay que reducir el Estado a la mínima expresión» y entierran precipitadamente lo público y el interés del público por lo público... Estamos ante un ejemplo típico de esa ilusión de consenso generalizado que, de entrada, deja fuera de discu-

1. Véase P. Bourdieu *et al.*, «L'économie de la maison», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 81-82, marzo de 1990.

sión tesis más que discutibles. Convendría analizar el trabajo colectivo de los «nuevos intelectuales», que ha creado un clima favorable al retraimiento del Estado y, más ampliamente, a la sumisión a los valores de la economía. Pienso en lo que se ha llamado «el retorno del individualismo», que tiende a destruir los fundamentos filosóficos del Estado del bienestar y, en especial, el concepto de responsabilidad colectiva (en el accidente laboral, la enfermedad o la miseria), una conquista fundamental del pensamiento social (y sociológico). El retorno al individuo es también lo que permite censurar a la «víctima», única responsable de su desgracia, y predicarle que se ayude a sí misma, todo ello so pretexto de la necesidad, incansablemente repetida, de disminuir las cargas empresariales.

La reacción de pánico retrospectivo que determinó la crisis del 68, revolución simbólica que zarandeó a todos los pequeños portadores de capital cultural, creó (con, a modo de esfuerzo, el hundimiento —¡inesperado!— de los regímenes de tipo soviético) las condiciones favorables para la restauración cultural al final de la cual la ideología «ciencias políticas» sustituyó a la ideología Mao. El mundo intelectual es actualmente el escenario de una lucha que tiende a producir y a imponer «nuevos intelectuales» y, por tanto, una nueva definición del intelectual y su papel político, una nueva definición de la filosofía y el filósofo, comprometido a partir de ahora en las vagas polémicas de una filosofía política carente de sutileza, de una ciencia social reducida a una politología de velada electoral y a un comentario descuidado de sondeos comerciales

sin método. Platón tenía un término magnífico para designar a esas personas, el de *doxósofo*: este «técnico de la opinión que se cree sabio» (traduzco el triple sentido de la palabra) plantea los problemas de la política en términos idénticos a aquellos en que se los plantean los hombres de negocios, los políticos y los periodistas políticos (o sea, hablando en plata, los que pueden pagarse esos sondeos...).

P.: *Acaba de mencionar a Platón. ¿La actitud del sociólogo se parece a la del filósofo?*

P. B.: El sociólogo, al igual que el filósofo, se enfrenta al doxósofo, al cuestionar las evidencias, sobre todo, las que se presentan en forma de preguntas, tanto propias como ajenas. Es lo que desconcierta profundamente al doxósofo, que considera un prejuicio político el hecho de rechazar la sumisión, profundamente política, que implica la aceptación inconsciente de los tópicos, en la acepción de Aristóteles: conceptos o tesis *con* los que se argumenta, pero *sobre* los que no se argumenta.

P.: *¿No tiende a situar, en cierto sentido, al sociólogo en una posición de filósofo-rey, de único que sabe dónde están los auténticos problemas?*

P. B.: Lo que defiende fundamentalmente es la posibilidad y la necesidad del intelectual crítico, y crítico, en primer lugar, de la *dóxa* intelectual que segregan los doxósofos. No existe una auténtica democracia sin un auténtico contrapoder crítico. El intelectual forma parte de él en buena medida. Por eso considero que el

trabajo de demolición del intelectual crítico, muerto o vivo —Marx, Nietzsche, Sartre, Foucault y unos cuantos más clasificados en bloque con la etiqueta de «pensamiento 68»—,¹ es tan peligroso como la demolición de la cosa pública y se inscribe en la misma empresa global de restauración.

Preferiría, evidentemente, que los intelectuales hubieran estado siempre a la altura de la inmensa responsabilidad histórica que les incumbe y en todo momento hubieran comprometido en sus actos no sólo su autoridad moral, sino también su competencia intelectual, a la manera, por citar un ejemplo, de Pierre Vidal-Naquet, que invierte su dominio del método histórico en una crítica de las utilizaciones abusivas de la historia.² Dicho eso, y citando a Karl Kraus, «entre dos males, me niego a elegir el menor». Aunque siento escasa indulgencia por los intelectuales «irresponsables», todavía me gustan menos aquellos responsables «intelectuales», polígrafos polimorfos, que hacen su puesta anual entre dos consejos de administración, tres cócteles de prensa y unas cuantas apariciones en la televisión.

P.: *En tal caso, ¿qué papel desea para los intelectuales, especialmente en la construcción de Europa?*

P. B.: Deseo que los escritores, que los artistas, los filósofos y los científicos puedan hacerse escuchar di-

1. Alusión al libro de Luc Ferry y Alain Renaut *La pensée 68*, Gallimard, París, 1985.

2. P. Vidal-Naquet, *Les Juifs, la mémoire et le présent*, La Découverte, París, tomo I, 1981, tomo II, 1991.

rectamente en todos los ámbitos de la vida pública donde son competentes. Creo que todo el mundo saldría ganando si la lógica de la vida intelectual, la de la argumentación y la refutación, se extendiera a la vida pública. Actualmente, es la lógica de la política, es decir, de la denuncia y la difamación, de la «esloganización» y la falsificación del pensamiento del adversario, la que se extiende muy a menudo a la vida intelectual. Sería bueno que los «creadores» pudieran cumplir su función de servicio público y, a veces, de salvación pública.

Pasar a la escala europea sólo es alcanzar un grado de universalización superior, señalar una etapa en el camino del Estado universal que, incluso en las cosas intelectuales, está lejos de verse realizado. No se ganaría gran cosa, en efecto, si el eurocentrismo ocupara el lugar de los nacionalismos heridos de las viejas naciones imperiales. En el momento en que las grandes utopías del siglo XIX han soltado toda su perversión, es urgente crear las condiciones de un trabajo colectivo de reconstrucción de un universo de ideales realistas, capaces de movilizar las voluntades sin confundir las conciencias.

París, diciembre de 1991

Sollers² se muestra, por fin, tal como es, sin tapujos. Causa un insólito placer spinozista que se descubra la verdad, como por fuerza tenía que ocurrir, gracias a la confesión que encierra un título –«Balladur tel quel» [«Balladur tal como es»]–, condensada con una densidad simbólica tan elevada que casi resulta demasiado hermosa para creerla, de toda una trayectoria: de *Tel Quel* a Balladur, de la supuesta vanguardia literaria (y política) a la auténtica retaguardia política.

No es una cosa tan grave, dirán los más avisados, los que saben, y desde hace mucho tiempo, que lo que Sollers ha puesto a los pies del candidato-presidente³

1. Este texto apareció en *Libération* el 27 de enero de 1995, como consecuencia de la publicación en *L'Express*, el 12 de enero de 1995, de un artículo de Philippe Sollers titulado «Balladur tel quel».

2. Philippe Sollers, escritor francés, fundador y director de la revista *Tel Quel*.

3. Édouard Balladur fue candidato del conservador Rassemblement pour la République a las elecciones presidenciales de 1995, cuando era presidente del Consejo de Ministros.

en un gesto que no se realizaba desde los tiempos de Napoleón III no es literatura, y mucho menos vanguardia, sino un simulacro de literatura y de vanguardia. Un simulacro bien hecho y capaz de engañar a los verdaderos destinatarios de su discurso, todos aquellos a los que pretende halagar, en plan de cortesano cínicco, balladuristas y enarcas balladurófilos, provistos de un barniz de cultura «ciencias políticas» que les permite disertar en tertulias radiofónicas y comidas de embajada, así como a todos esos maestros del simulacro que en un momento u otro se agruparon alrededor de *Tel Quel* y simularon ser escritores, o filósofos, o lingüistas, o las tres cosas, cuando, en realidad, no eran nada ni sabían nada, cuando, en realidad, como en el chiste, se sabían la tonada de la cultura, pero desconocían su letra, cuando, en realidad, sólo sabían *imitar* los gestos de los grandes escritores, a pesar de lo cual hubo momentos en que hicieron reinar un verdadero terror en el mundo de las letras. Así pues, en la medida en que consigue imponer su impostura, el tartufo sin escrúpulos de la religión del arte escarnece, humilla y pisotea, al ponerla a los pies del poder más bajo, cultural y políticamente –y podría decir policialmente–¹ hablando, toda la herencia de dos siglos de lucha por la autonomía del microcosmos literario, y prostituye consigo a todos aquellos autores, a menudo heroicos, de los que se considera heredero en su puesto de críti-

1. Charles Pasqua, ministro del Interior del Gobierno Balladur, hizo promulgar una ley especialmente inicua para hacer frente al problema de la inmigración.

co literario de diarios y revistas semioficiales, por ejemplo, Voltaire, Proust o Joyce.¹

El culto de las transgresiones sin peligro, que reduce el libertinaje a su dimensión erótica, lleva a hacer del cinismo una de las bellas artes. Instituir como regla de vida el «todo vale» posmoderno, y autorizarse a jugar, simultánea o sucesivamente, en todos los tableros es proporcionarse los medios de «tener todo sin pagar nada», permite criticar la sociedad del espectáculo y ser una estrella de los medios,² rendir culto a Sade y mostrar reverencia por Juan Pablo II, hacer profesiones de fe revolucionaria y defender la ortografía, consagrar al escritor y asesinar a la literatura (pienso en *Femmes*).

Quien se presenta y se vive como encarnación de la libertad se ha dejado llevar siempre, igual que una hoja a merced del viento, por las fuerzas del campo. Precedido y autorizado por todos los cambios de rumbo de la era Mitterrand, que podría ser para la política y, más precisamente, para el socialismo, lo que Sollers ha sido para la literatura y, más precisamente, para la vanguardia, se ha dejado llevar por todas las ilusiones y todas las desilusiones políticas y literarias de nuestro tiempo. Y su trayectoria, que se piensa como algo *excepcional*,³ es, de hecho, estadísticamente modal, es

1. Philippe Sollers tiene una columna fija de crítica literaria en *Le Monde*; es conocida su actitud de «pagar con la misma moneda».

2. Philippe Sollers es un gran admirador de las obras de Guy Debord y participa asiduamente en toda clase de programas de televisión.

3. Philippe Sollers es autor de un libro titulado *Théorie des exceptions*.

decir, trivial, y, por esta razón, ejemplifica la carrera del escritor sin atributos de una época de *restauración* política y literaria: es la encarnación del tipo ideal de la historia individual y colectiva de toda una generación de escritores ambiciosos, de todos aquellos que, por haber pasado en menos de treinta años de los terrorismos maofistas o trotskistas a posiciones de poder en la banca, los seguros, la política o el periodismo, mostrarían hacia él la más absoluta indulgencia.

Su originalidad –porque hay algo en lo que es original– radica en el hecho de que se ha convertido en el teórico de las virtudes de la retractación y la traición, hasta el punto de acusar de dogmáticos, anticuados o incluso terroristas, por medio de una portentosa tergiversación destinada a justificarse a sí mismo, a todos aquellos que rehúsan aceptar el nuevo estilo liberado y de vuelta de todo. Sus intervenciones públicas, innumerables, son otras tantas exaltaciones de la inconstancia, o, más exactamente, de la *doble inconstancia*, cortada como a la medida para reforzar la visión burguesa de las revueltas artísticas, la cual, mediante una doble media vuelta, una doble media revolución, lleva de nuevo al punto de partida, a las afanosas impacencias del joven burgués provinciano para el que Mauriac y Aragon escribieron prólogos.

París, enero de 1995

LA SUERTE DE LOS EXTRANJEROS COMO PIEDRA DE TOQUE¹

El problema del status que Francia concede a los extranjeros no es un «*détalle*». Es un falso problema que, por desgracia, se ha impuesto poco a poco como cuestión fundamental, terriblemente mal planteada, en la lucha política.

Convencido de que era fundamental obligar a los diferentes candidatos a la presidencia de la República a pronunciarse claramente sobre esa cuestión, el Groupe d'examen des programmes électoraux sur les étrangers en France (GEPEF) realizó una experiencia cuyos resultados merecen ser conocidos. Los candidatos eludieron el interrogatorio al que se intentó someterlos, a excepción de Robert Hue, así como de Domi-

1. Este texto, publicado en *Libération* el 3 de mayo de 1995, con la firma de Jean-Pierre Alaux y la mía, presenta el balance de la encuesta que el GEPEF (Groupe d'examen des programmes électoraux sur les étrangers en France) realizó en marzo de 1995 entre ocho candidatos a la elección presidencial «a fin de examinar con ellos sus proyectos referentes a la situación de los extranjeros en Francia», tema prácticamente excluido de la campaña electoral.

nique Voynet,¹ que convirtió esta cuestión en uno de los temas centrales de su campaña, en la que propugnó la derogación de la ley Pasqua y la regularización del status de las personas no expulsables, y mostró preocupación por garantizar los derechos de las minorías. Édouard Balladur envió una carta en la que exponía una serie de generalidades sin relación alguna con nuestras veintiséis preguntas. Jacques Chirac no contestó a nuestra petición de entrevista. Lionel Jospin delegó en Martine Aubry y Jean-Christophe Cambadélis, desgraciadamente muy poco informados como informadores acerca de las posiciones de su candidato.

No es preciso ser un genio para descubrir en sus silencios y su discurso que no tienen gran cosa que oponer al discurso xenófobo que, desde hace años, porfía por transformar en odio las desdichas de la sociedad (paro, delincuencia, droga, etcétera). Quizá por falta de convicciones, o por temor a perder votos expresándolas, han llegado a hablar de ese falso problema, siempre presente y siempre ausente, sólo mediante estereotipos convencionales y sobreentendidos más o menos vergonzantes, invocando, por ejemplo, la «seguridad», la necesidad de «*reducir al máximo las entradas*» o controlar la «*inmigración clandestina*» (no sin recordar, aprovechando la oportunidad de pasar por progresistas, «*el papel de los traficantes y los patronos*» que los explotan).

1. Robert Hue es secretario general del Partido Comunista. Dominique Voynet es dirigente de uno de los partidos ecologistas, actualmente ministra del Medio Ambiente del gobierno Jospin.

Ahora bien, todos los cálculos electoralistas, que la lógica de un universo político-mediático fascinado por los sondeos no hace más que estimular, se basan en una serie de presupuestos sin fundamento, o sin más fundamento, en cualquier caso, que la lógica más primitiva de la participación mágica, la contaminación por contacto y la asociación verbal. Un ejemplo entre mil: ¿cómo se puede considerar «*inmigrantes*» a personas que no han «*emigrado*» de ninguna parte y de las que se dice, además, que son de «*segunda generación*»? De la misma manera, una de las funciones principales del adjetivo «*clandestino*», que la buena gente preocupada por una respetabilidad progresista asocia al término «*inmigrantes*», ¿no es la de crear una identificación verbal y mental entre el paso clandestino de las fronteras por los hombres y el paso necesariamente fraudulento, y, por lo tanto, clandestino, de objetos prohibidos (a uno y otro lado de la frontera), como las drogas o las armas? Confusión criminal que permite considerar a los hombres aludidos como criminales.

Los políticos acaban por pensar que esas creencias son universalmente compartidas por sus electores. Su demagogia electoralista, como en el caso de Charles Pasqua, se basa, en efecto, en el postulado de que «*la opinión pública*» es hostil a la «*inmigración*», a los extranjeros, a cualquier clase de apertura de fronteras. Los veredictos de los «sondeadores», verdaderos astrólogos modernos, y las conminaciones de los consejeros que les aportan un simulacro de competencia y convicción, los obligan a dedicarse a «*conquistar los votos de Le Pen*». Pues bien, por limitarse a un único argumento,

aunque bastante sólido, el propio resultado que ha obtenido Le Pen, después de casi dos años de ley Pasqua, de discurso y prácticas centradas en la seguridad, lleva a deducir que cuanto más se reducen los derechos de los extranjeros, más votos consigue el Frente Nacional (esta verificación es, evidentemente, un poco simplificadora, pero no más que la tesis, aducida a menudo, de que cualquier medida tendente a mejorar el status jurídico de los extranjeros presentes en el territorio francés tendría como efecto hacer crecer el resultado electoral de Le Pen). De lo que no cabe duda, en cualquier caso, es de que antes de atribuir a la mera xenofobia el voto a favor del Frente Nacional, convendría preguntarse sobre otros factores, como, por ejemplo, los casos de corrupción que han alterado el universo mediático-político.

Una vez dicho esto, habría que reconsiderar la cuestión del status del extranjero en las democracias modernas, es decir, la cuestión de las fronteras que pueden ser todavía legítimamente impuestas a los desplazamientos humanos en universos que, como el nuestro, sacan tantos beneficios de todo tipo de la circulación de personas y bienes. Por lo menos, a corto plazo convendría evaluar, aunque sólo fuera por la lógica de un interés bien entendido, los costes para el país de la política de seguridad asociada al nombre del señor Pasqua: costes provocados por la discriminación en y por los controles policiales, que sirve para crear o reforzar la «*fractura social*», y por los daños, que se generalizan, a los derechos fundamentales, costes para el prestigio de Francia y su particular tradición de defensora de los derechos del hombre, etcétera.

La cuestión del status concedido a los extranjeros es, sin duda, el criterio decisivo, la piedra de toque, que permite juzgar la capacidad de los candidatos para tomar partido, en todas sus opciones, contra la Francia mezquina, regresiva, obsesionada por la seguridad, proteccionista, conservadora, xenófoba, y a favor de la Francia abierta, progresista, internacionalista, universalista. Por ese motivo la opción de los electores-ciudadanos debería inclinarse por el candidato que se comprometiera con mayor claridad a operar la ruptura más radical y más absoluta con la política actual de Francia en materia de «*acogida*» de los extranjeros. Debería ser Lionel Jospin... Pero ¿querrá serlo?

París, mayo de 1995

LOS ABUSOS DE PODER QUE SE VALEN DE LA RAZÓN O SE AMPARAN EN ELLA¹

[...] De los países islámicos llega una pregunta muy profunda respecto al falso universalismo occidental, a lo que llamo el imperialismo de lo universal.² Francia ha sido la encarnación por excelencia de ese imperia-
lismo, que ha suscitado aquí, en este país, un nacional-
populismo asociado, en mi opinión, al nombre de Her-
der. Si bien es verdad que cierto universalismo no es
más que un nacionalismo que invoca lo universal (los
derechos del hombre, etcétera) para imponerse, resul-
ta menos fácil tachar de reaccionaria cualquier reac-
ción integrista contra él. El racionalismo cientificista,
el de los modelos matemáticos que inspiran la política
del FMI o el Banco Mundial, el de las *law firms*, gran-
des multinacionales jurídicas que imponen las tradi-
ciones del derecho estadounidense al planeta entero, el

1. Intervención con motivo del debate organizado por el Parla-
mento Internacional de Escritores en la Feria del Libro de Frank-
furt el 15 de octubre de 1995.

2. P. Bourdieu, «Deux impérialismes de l'universel», en C. Fau-
ré y T. Bishop (eds.), *L'Amérique des Français*, Éd. François Bourin,
París, 1992, pp. 149-155.

de las teorías de la acción racional, etcétera, ese racionalismo es simultáneamente la expresión y la justificación de una arrogancia occidental que lleva a actuar como si algunos hombres tuvieran el monopolio de la razón y pudieran constituirse, como se dice corrientemente, en gendarmes del mundo, es decir, en poseedores autoproclamados del monopolio de la violencia legítima, capaces de poner la fuerza de las armas al servicio de la justicia universal. La violencia terrorista, mediante el irracionalismo de la desesperación en el que arraiga casi siempre, remite a la violencia inerte de los poderes que invocan la razón. La coerción económica se disfraza muchas veces de razones jurídicas. El imperialismo se ampara en la legitimidad de ciertas instituciones internacionales. Y mediante la hipocresía de las racionalizaciones destinadas a enmascarar esos *dobles niveles de moral* tiende a suscitar o justificar en el seno de los pueblos árabes, sudamericanos, africanos, una revuelta muy profunda contra la razón que no puede separarse de los abusos de poder que se valen de la razón (económica, científica, la que sea) o se amparan en ella. Estos «irracionalismos» son, en parte, el producto de nuestro racionalismo, imperialista, invasor, conquistador o mediocre, mezquino, defensivo, regresivo y represivo, según los lugares y los momentos. Defender la razón también es combatir contra los que ocultan bajo las apariencias de la razón sus abusos de poder, o que se sirven de las armas de la razón para asentar o justificar un dominio arbitrario.

Frankfurt, octubre de 1995

Interrogado después de la explosión ocurrida el martes 17 de octubre en el segundo vagón del tren de la red de cercanías de París que conducía, un ferroviario que, según los testigos, había dirigido con una sangre fría ejemplar la evacuación de los pasajeros, previno contra la tentación de culpabilizar a la comunidad argelina: son, se limitó a decir, «*personas como nosotros*».

Esta frase extraordinaria, «*verdad del pueblo sano*», como decía Pascal, rompía de repente con las intervenciones de todos los vulgares demagogos que, por inconsciencia o cálculo, se adaptan a la xenofobia o el racismo que atribuyen al pueblo cuando son los primeros que contribuyen a crearlos, o se escudan en las supuestas expectativas de quienes son llamadas a veces las «*gentes sencillas*» para ofrecerles, pensando que les complacerán, las simplistas ideas que les atribuyen; o se apoyan en la sanción del mercado (y de los

1. Texto publicado en *Alternatives algériennes*, noviembre de 1995.

anunciantes), encarnada por los índices de audiencia o los sondeos, y cínicamente identificada con el veredicto democrático de la gran mayoría, para imponer a todos su vulgaridad y su mezquindad.

Esa frase singular demostró que es posible resistirse a la violencia que se ejerce cotidianamente, con la más absoluta buena conciencia, en la televisión, la radio o los periódicos, así como por medio de los automatismos verbales, las imágenes banalizadas y los lugares comunes, sino también que es posible resistirse al efecto de habituación que produce esa violencia al alzar, insensiblemente, en el conjunto de una población, el umbral de tolerancia al insulto y al desprecio racistas, al rebajar las defensas críticas contra el pensamiento prelógico y la confusión verbal (por ejemplo, entre islam e islamismo, entre musulmán e islamista, o entre islamista y extremista), al reforzar solapadamente todos los hábitos de pensamiento y comportamiento heredados de más de un siglo de colonización y de luchas coloniales. Habría que analizar aquí con todo detalle la grabación cinematográfica de algunos de los 1.850.000 «controles» que, con gran satisfacción de nuestro ministro del Interior,¹ han sido efectuados recientemente por la policía, para ofrecer una mínima idea de la infinidad de ínfimas humillaciones (tuteo, cacheos públicos, etcétera), así como de injusticias y delitos flagrantes (brutalidades, puertas reventadas, intimidad violada, etcétera) que ha tenido que soportar una fracción importante de los ciudadanos o los hués-

1. Charles Pasqua.

pedes de este país, celebrado tiempo atrás por su apertura a los extranjeros; y para dar también una idea de la indignación, el escándalo y la rabia que pueden provocar tales actuaciones: las declaraciones ministeriales, destinadas de modo patente a tranquilizar o a satisfacer la reivindicación de seguridad, resultarían inmediatamente menos tranquilizadoras.

Esa sencilla frase contenía una exhortación por el ejemplo a combatir decididamente a todos aquellos que, en su deseo de llegar siempre a lo más sencillo, mutilan una realidad histórica ambigua para reducirla a las tranquilizadoras dicotomías del pensamiento maniqueo que la televisión, propensa a confundir un diálogo racional con un combate de lucha libre, ha instaurado como modelos. Es infinitamente más fácil tomar posición en favor o en contra de una idea, un valor, una persona, una institución o una situación, que analizar lo que es en realidad, en toda su complejidad. Nos apresuramos tanto más a *tomar partido* sobre lo que los periodistas llaman un «problema social» —el del «velo»,¹ por ejemplo— cuanto más incapaces somos de analizarlo y comprender su sentido, a menudo totalmente contrario a la intuición etnocéntrica.

Las realidades históricas siempre son enigmáticas y, no obstante su aparente evidencia, difíciles de descifrar; sin duda, ninguna presenta esas características en grado tan alto como la realidad argelina. Por eso cons-

1. La autorización para llevar el velo en la escuela ha ocasionado protestas muy fuertes por parte de cierto número de «intelectuales», que lo han visto como una amenaza para el laicismo republicano.

tituye, tanto para el conocimiento como para la acción, un extraordinario desafío: prueba de fuego para cualquier análisis, es también, y sobre todo, piedra de toque para cualquier compromiso.

En este caso el análisis riguroso de las situaciones y las instituciones es, sin duda, más que nunca, el mejor antídoto contra las visiones parciales y los maniqueísmos –a menudo asociados a las complacencias farisaicas del pensamiento «comunitarista»–, que, mediante las representaciones que engendran y las palabras con las que se expresan, están a menudo preñadas de consecuencias peligrosas.

París, noviembre de 1995

CONTRA LA DESTRUCCIÓN DE UNA CIVILIZACIÓN¹

Estoy aquí para expresar nuestro apoyo a todos los que luchan, desde hace tres semanas, contra la destrucción de una *civilización* asociada a la existencia del servicio público, la civilización de la igualdad republicana de los derechos, derecho a la educación, la salud, la cultura, la investigación, el arte y, por encima de todo, el trabajo.

Estoy aquí para expresar que entendemos este profundo movimiento, es decir, tanto la desesperación como las esperanzas que se expresan con él, y que nosotros experimentamos también; para expresar que no entendemos (o, mejor dicho, que entendemos demasiado) a quienes no lo entienden, como ese filósofo²

1. Intervención en la Estación de Lyon, con motivo de las huelgas de diciembre de 1995. Pierre Bourdieu tomó la palabra, en nombre de los intelectuales solidarios del movimiento de huelga, al lado de los representantes de los sindicatos (SUD, especialmente) y las asociaciones (AC!, Droits Devant, etcétera), a los que estaba unido por anteriores acciones, en un mitin que se celebró en dicha estación.

2. Se trata de Paul Ricoeur.

que, en el *Journal du Dimanche* del 10 de diciembre, descubre con estupor «el abismo entre la comprensión racional del mundo», encarnada, en su opinión, por Juppé —son sus palabras textuales—, «y el deseo profundo de la gente».

Esta oposición entre la visión de la «élite» ilustrada y las exigencias basadas en las necesidades del momento del pueblo, o de sus representantes, es típica del pensamiento reaccionario de todas las épocas y todos los países, pero actualmente adquiere una forma nueva con la nobleza de Estado, que basa la convicción de su legitimidad en el título escolar y la autoridad de la ciencia, económica, sobre todo: para estos nuevos gobernantes de derecho divino, no sólo la razón y la modernidad, sino también el movimiento y el cambio, son encarnados por los que mandan, ministros, patronos o «expertos»; la sinrazón y el arcaísmo, la inercia y el conservadurismo, en cambio, son encarnados por el pueblo, los sindicatos y los intelectuales críticos.

Esta certidumbre tecnócrata es la que expresa Juppé cuando escribe: «Quiero que Francia sea un país serio y feliz.» Cosa que puede traducirse así: «Quiero que las personas serias, o sea, las élites, los enarcas, los que saben dónde reside la felicidad del pueblo, tengan la posibilidad de hacerlo feliz incluso a su pesar, es decir, en contra de su voluntad; en efecto, ofuscado por sus deseos, como decía el filósofo, el pueblo no se da cuenta de lo feliz que es y, en especial, de la felicidad que le proporciona ser gobernado por personas que, como el señor Juppé, saben mejor que él lo que le conviene.» Así piensan los tecnócratas, y así entienden la

democracia. Y se comprende que no comprendan que el pueblo, en cuyo nombre pretenden gobernar, salga a la calle –¡el colmo de la ingratitud!– para enfrentárseles.

Esta nobleza de Estado, que predica la extinción del Estado y el reinado conjunto del mercado y el consumidor, sustituto comercial del ciudadano, se ha apoderado del Estado; ha convertido el bien público en bien privado, la cosa pública, la República, en su cosa. Lo que está en juego, actualmente, es la reconquista de la democracia contra la tecnocracia: es preciso acabar con la tiranía de los «expertos», estilo Banco Mundial o FMI, que imponen sin discusión los veredictos del nuevo Leviatán, «los mercados financieros», y no quieren negociar, sino «explicar»; es preciso romper con la nueva fe en la inevitabilidad histórica que profesan los teóricos del liberalismo; es preciso inventar las nuevas formas de una tarea política colectiva capaz de percibir las necesidades, económicas especialmente (eso podría dejarse en manos de los expertos), pero para combatir las y, llegado el caso, neutralizarlas.

La crisis actual es una posibilidad histórica para Francia y, sin duda, para todos aquellos, cada día más numerosos, que rechazan, en Europa y otras partes del mundo, la nueva alternativa: liberalismo o barbarie. Ferroviarios, carteros, enseñantes, empleados de los servicios públicos, estudiantes, entre otros, comprometidos de manera activa o pasiva en el movimiento, han planteado con sus manifestaciones, con sus declaraciones, con las innumerables reflexiones que han desencadenado, y que la cobertura mediática se esfuerza

en vano en sofocar, unos problemas absolutamente fundamentales, demasiado importantes para ser confiados a unos tecnócratas tan engreídos como inútiles: ¿cómo conseguir que los principales interesados, o sea, cada uno de nosotros, vuelvan a tener una idea clara y razonable del futuro de los servicios públicos, salud, educación, transportes, etcétera, y, además, en estrecha relación con todos aquellos que, en los restantes países de Europa, están expuestos a las mismas amenazas? ¿Cómo reinventar la escuela de la República y rechazar la implantación progresiva, en el ámbito de la enseñanza superior, de una educación a doble velocidad, simbolizada por la oposición entre las grandes escuelas especializadas y las facultades universitarias? Y podemos plantear la misma pregunta respecto a la salud o los transportes. ¿Cómo luchar contra la precariedad laboral, que castiga al personal de todos los servicios públicos y provoca formas de dependencia y sumisión especialmente funestas en las empresas de difusión cultural, radio, televisión o periodismo, por el efecto de censura que ejercen, o incluso en la enseñanza?

En la tarea de reinención de los servicios públicos, los intelectuales, escritores, artistas, científicos, etcétera, tienen un papel determinante que desempeñar. En primer lugar, pueden contribuir a romper el monopolio de la ortodoxia tecnocrática sobre los medios de difusión. Pero también pueden comprometerse, de manera organizada y permanente, no sólo en las coincidencias ocasionales de una coyuntura de crisis, al lado de los que son capaces de orientar eficazmente el futuro de la

sociedad, en especial, asociaciones y sindicatos, y trabajar para elaborar análisis rigurosos y propuestas imaginativas sobre los grandes interrogantes que la ortodoxia mediaticopolítica impide plantear: pienso, sobre todo, en el problema de la unificación del campo económico mundial y los efectos económicos y sociales de la nueva división internacional del trabajo, en la cuestión de las supuestas leyes de bronce de los mercados financieros, en nombre de los cuales se sacrifican tantas iniciativas políticas, en la cuestión de las funciones de la educación y la cultura en unas economías donde el capital informacional se ha convertido en una de las fuerzas productivas más decisivas, etcétera.

Este programa puede parecer abstracto y meramente teórico. Pero se puede rechazar el tecnocratismo autoritario sin caer en un populismo, al que los movimientos sociales del pasado han rendido pleitesía con excesiva frecuencia, y que favorece, una vez más, a los tecnócratas.

Lo que he querido manifestar, en cualquier caso, tal vez torpemente –y me disculpo ante quienes puedan haberse sentido aburridos o molestos–, es una solidaridad real con los que luchan hoy día por cambiar la sociedad: creo, en efecto, que sólo es posible combatir eficazmente a la tecnocracia, nacional e internacional, afrontándola en su terreno predilecto, el de la ciencia, económica, en especial, y oponiendo al conocimiento abstracto y mutilado del que alardea un conocimiento más respetuoso de los hombres y las realidades a las que se enfrentan.

París, diciembre de 1995

EL MITO DE LA «MUNDIALIZACIÓN» Y EL ESTADO SOCIAL EUROPEO¹

Se oye decir machaconamente –y es lo que crea la fuerza de este discurso dominante– que no hay oposición posible a la visión neoliberal, que se presenta como algo evidente, contra lo que no cabe ninguna alternativa. Si esta idea se ha convertido en un tópico generalmente aceptado, es porque existe todo un trabajo de inculcación simbólica en el que participan los periodistas o los simples ciudadanos, de manera pasiva, y, sobre todo, cierto número de intelectuales, de modo muy activo. Me parece que los investigadores tienen un papel que desempeñar contra esta imposición permanente e insidiosa que produce, por impregnación, una auténtica creencia. En primer lugar, pueden analizar la producción y la circulación de ese discurso. Cada vez hay más trabajos, en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en Francia, que describen de manera muy precisa los métodos que han contribuido a crear, difundir e inculcar esa visión del mundo. Mediante una serie de

1. Intervención ante la Confederación General de Trabajadores Griegos (CGTG), reunida en Atenas en octubre de 1996.

análisis de los textos, de las revistas en los que eran publicados y que, poco a poco, han impuesto su legitimidad, de las características de sus autores, de los coloquios en los que se reunían para producirlos, etcétera, han mostrado que, tanto en Gran Bretaña como en Francia, se ha realizado un trabajo consciente, en el que han intervenido intelectuales, periodistas y hombres de negocios, para imponer como obvia una visión neoliberal que, en lo esencial, viste con racionalizaciones económicas los presupuestos más clásicos del pensamiento conservador de todas las épocas y todos los países. Pienso en un estudio sobre el papel de la revista *Preuves*, financiada por la CIA, que ha sido patrocinada por grandes intelectuales franceses y que, desde hace casi un cuarto de siglo —que algo falso se convierta en lugar común lleva su tiempo—, ha expuesto incansablemente, a contracorriente al principio, ideas que poco a poco han pasado a ser moneda corriente.¹ Lo mismo ha ocurrido en Inglaterra, donde el thatcherismo no nació con la señora Thatcher. Le habían preparado el terreno desde hacía muchísimo tiempo grupos de intelectuales que en su mayoría disponían de tribunas en los grandes periódicos.² Una primera contribu-

1. P. Grémion, *Preuves, une revue européenne à Paris*, Julliard, París, 1989; *Intelligence de l'anti-communisme, le congrès pour la liberté de la culture à Paris*, Fayard, París, 1995.

2. K. Dixon, «Les Evangélistes du Marché», *Liber*, 32, septembre de 1997, pp. 5-6; C. Pasche y S. Peters, «Les premiers pas de la Société du Mont-Pélerin ou les dessous chics du néolibéralisme», *Les Annuelles* (L'avènement des sciences sociales comme disciplines académiques), 8, 1997, pp. 191-216.

ción de los investigadores podría ser trabajar en la difusión de estos análisis en formas accesibles a todos.

Este trabajo de imposición, que lleva tanto tiempo en marcha, prosigue hoy día. Lo demuestra la aparición regular, como por arte de magia, con pocos días de intervalo, en toda la prensa francesa, no sin variaciones, relacionadas con la posición de cada periódico en el universo periodístico, de comentarios elogiosos sobre la milagrosa situación económica de los Estados Unidos o Gran Bretaña. Esta especie de gota a gota simbólico, al que los diarios escritos y televisados contribuyen muy poderosamente —en buena parte de manera inconsciente, porque la mayoría de las personas que repiten esas frases lo hacen de buena fe—, produce efectos muy profundos. Así es como, a fin de cuentas, el neoliberalismo se presenta con las apariencias de la *inevitabilidad*.

Se ha impuesto como obvio todo un conjunto de presupuestos: se admite que el crecimiento máximo —y, por lo tanto, la productividad y la competitividad— es el fin último y único de las acciones humanas; o que es imposible resistir a las fuerzas económicas. O también, presupuesto que sustenta todos los presupuestos de la economía, se hace un corte radical que separa lo económico de lo social, que queda al margen, abandonado a los sociólogos, como una especie de desecho. Otro presupuesto importante es el léxico común que nos invade, que absorbemos así que abrimos un diario o escuchamos una radio, y que consiste, en lo esencial, en eufemismos. Desgraciadamente, no dispongo de ejemplos griegos, pero creo que les costará muy poco

encontrarlos. En Francia, por ejemplo, ya no se habla de patronal, sino de «las fuerzas vivas de la nación»; ya no se habla de despidos, sino de *dégraissage* [«desengrase»], utilizando una analogía deportiva (un cuerpo vigoroso y sano tiene que estar delgado). Para anunciar que una empresa despedirá a dos mil trabajadores se hablará del «valiente plan social de Alcatel». También se juega con las connotaciones y las asociaciones de palabras como flexibilidad, adaptabilidad, desregulación, con lo que se tiende a hacer creer que el mensaje neoliberal es un mensaje universalista de liberación.

Me parece que es preciso defenderse de esta *dóxa* sometiénola al análisis e intentando comprender los mecanismos por los que se produce y se impone. Pero eso, aunque es muy importante, no basta, y podemos oponerle cierto número de verificaciones empíricas. En el caso de Francia, el Estado ha comenzado a abandonar algunos campos de la acción social. La consecuencia es una cantidad extraordinaria de sufrimientos de todo tipo, que no afectan únicamente a las personas golpeadas por la miseria extrema. Podemos mostrar, por ejemplo, que el origen de los problemas que se observan en las periferias de las grandes ciudades¹ es una política neoliberal de la vivienda que, puesta en práctica en los años setenta (la ayuda «a la persona»), ha provocado una segregación social: por un lado, el subproletariado, compuesto en una parte considerable por inmigrantes, que ha permanecido en los grandes con-

1. Véase P. Bourdieu *et al.*, «L'économie de la maison», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 81-82, marzo de 1990.

juntos colectivos, y, por otro, los trabajadores fijos dotados de un salario estable y la pequeña burguesía, que se han trasladado a casitas individuales que han comprado con créditos que conllevan cargas muy onerosas. Esta fractura social ha sido determinada por una medida política.

En los Estados Unidos se asiste a un desdoblamiento del Estado: por un lado, hay un Estado que asegura ciertas garantías sociales, pero sólo para los privilegiados, suficientemente garantizados para dar seguridades, garantías, y, por otro, un Estado represivo y policial para el pueblo. En el estado de California, uno de los más ricos –que durante un tiempo fue para algunos sociólogos franceses¹ el paraíso de todas las liberaciones–, y también de los más conservadores, que cuenta con la universidad, sin duda, más prestigiosa del mundo, el presupuesto de las cárceles es superior, desde 1994, al de todas las universidades juntas. Los negros del gueto de Chicago sólo conocen del Estado la policía, el juez, el carcelero y el *parole officer*, es decir, el agente judicial que vigila la libertad condicional, ante el que tienen que presentarse regularmente so pena de regresar a la cárcel. Se trata en ese caso de una especie de realización del sueño de los dominadores, un Estado que, como ha mostrado Loïc Wacquant, se reduce cada vez más a su función policial.

Lo que vemos en los Estados Unidos, y se esboza en Europa, es un proceso de *involución*. Cuando se estudia el nacimiento del Estado en las sociedades en

1. Edgar Morin y Jean Baudrillard, sobre todo.

que primero se constituyó, como Francia o Inglaterra, lo primero que se observa es una concentración de fuerza física y fuerza económica (ambas deben ir emparejadas, pues hace falta dinero para emprender guerras, crear una policía, etcétera, y hace falta una fuerza de policía para conseguir el dinero). Después se opera una concentración de capital cultural y, a continuación, de autoridad. A medida que ese Estado se consolida, adquiere autonomía, se hace parcialmente independiente de las fuerzas sociales y económicas dominantes. La burocracia de Estado comienza a ser capaz de distorsionar las voluntades de los dominantes, de interpretarlas y, a veces, de inspirar políticas.

El proceso de regresión del Estado pone de manifiesto que la resistencia a la fe en el neoliberalismo y a la política neoliberal es más fuerte en los países en que las tradiciones estatales tenían más fuerza. Y esto se explica porque el Estado existe en dos formas: en la realidad objetiva, mediante un conjunto de instituciones, como reglamentos, oficinas, ministerios, etcétera, pero también en las mentes. Por ejemplo, en el seno de la burocracia francesa, con motivo de la reforma de la financiación de la vivienda, los ministerios sociales se enfrentaron a los financieros para defender la política de vivienda social. Los funcionarios estaban interesados en defender sus ministerios y su posición; pero también es cierto que creían en ello y defendían sus convicciones. En todos los países, el Estado es, por una parte, la huella en la realidad de unas conquistas sociales. Por ejemplo, el Ministerio de Trabajo es una conquista social hecha realidad, aunque, en determi-

nadas circunstancias, pueda ser asimismo un instrumento represivo. Y el Estado existe también, por otra parte, en la cabeza de los trabajadores en forma de derecho subjetivo («tengo derecho a eso», «eso no pueden hacérmelo»), de apego a las «conquistas sociales», etcétera. Por ejemplo, una de las grandes diferencias entre Francia y Gran Bretaña es que los británicos thatcherizados descubren que no resistieron todo lo que hubieran podido, en gran parte, porque el contrato de trabajo era un contrato de *common law*, es decir, tácito, y no, como en Francia, un convenio garantizado por el Estado. Y ahora, de manera paradójica, cuando en la Europa continental se exalta el modelo británico, los trabajadores británicos miran al continente y descubren que ofrecen cosas que su tradición obrera no les ofrecía, es decir, la idea de derecho laboral.

El Estado es una realidad ambigua. No podemos limitarnos a decir que es un instrumento al servicio de los dominadores. Es indudable que no es completamente neutral, completamente independiente de los dominadores, pero tiene una autonomía tanto mayor cuanto mayor es su antigüedad, mayor es su fuerza, mayor es el número de conquistas sociales importantes que ha registrado en su estructura, etcétera. Es el espacio de los conflictos (por ejemplo, entre los ministerios que recaudan el dinero y los que lo gastan, los encargados de los problemas sociales). Para hacer frente a la *involución del Estado*, es decir, a la regresión hacia un Estado penal, encargado de la represión y que prescinda poco a poco de sus funciones sociales

(educación, sanidad, asistencia, etcétera), el movimiento social puede encontrar apoyos por parte de los ministerios responsables de los asuntos sociales, encargados de la ayuda a los parados de larga duración, que se preocupan por las rupturas de la cohesión social, por el paro, etcétera, y que se oponen a los ministerios financieros, que sólo quieren hablar de las presiones de la «globalización» y del lugar de Francia en el mundo.

He mencionado la «globalización»: es un mito en el peor sentido del término, un discurso poderoso, una «idea matriz», una idea que tiene fuerza social, que consigue que se crea en ella. Es el arma principal de las luchas contra las adquisiciones del Estado del bienestar: se dice que los trabajadores europeos deben competir con los trabajadores menos favorecidos del resto del mundo. De ese modo se ofrecen como modelos a los trabajadores europeos países donde el salario mínimo no existe, donde los obreros trabajan doce horas diarias por salarios que oscilan entre una cuarta y una decimoquinta parte de los europeos, donde no existen sindicatos, donde el trabajo infantil es algo habitual, etcétera. Y en nombre de semejante modelo se impone la flexibilidad, otra palabra clave del liberalismo, o sea, el trabajo nocturno, el trabajo en fines de semana, los horarios de trabajo irregulares, y otras lindezas inscritas desde tiempo inmemorial en los sueños patronales. En general, el neoliberalismo recupera, arropadas con un mensaje muy elegante y muy moderno, las más rancias ideas de la más rancia patronal. (En los Estados Unidos hay revistas que publican cua-

dros de honor de los ejecutivos punteros, clasificados no por su retribución en dólares, sino por el número de empleados que han tenido el valor de despedir.) Es característico de las *revoluciones conservadoras*, como la de los años treinta en Alemania, o la de los Thatcher, Reagan y otros, presentar las restauraciones como revoluciones. En la actualidad, la revolución conservadora adopta una forma inédita: no pretende invocar, como en otras épocas, un pasado idealizado, mediante la exaltación de la tierra y la estirpe, temas arcaicos de las antiguas mitologías agrarias. Esta revolución conservadora de nuevo cuño recurre al progreso, la razón y la ciencia (económica, en este caso) para justificar la restauración e intenta así ridiculizar, como algo arcaico, el pensamiento y la acción progresistas. Convierte en normas de todas las prácticas y, por lo tanto, en reglas ideales, las regularidades reales del mundo económico abandonado a su lógica, la llamada ley del mercado, es decir, la ley del más fuerte. Ratifica y glorifica el reinado de los llamados «mercados financieros», o sea, el retorno a una especie de capitalismo radical, sin otra ley que la del beneficio máximo, capitalismo sin freno y sin maquillaje, pero racionalizado y llevado al límite de su eficacia económica por la introducción de formas modernas de dominación, como el *management*, y de técnicas de manipulación, como la investigación de mercado, el marketing y la publicidad comercial.

Si esta revolución conservadora engaña, es porque no conserva nada, aparentemente, de la vieja pastoral estilo Selva Negra de los revolucionarios conservado-

res de los años treinta y se engalana con todos los aderezos de la modernidad. ¿Acaso no procede de Chicago? Galileo dijo que el mundo natural está escrito con lenguaje matemático. Actualmente, se nos quiere hacer creer que es el mundo económico y social el que expresa mediante ecuaciones. Gracias a que se ha armado el bagaje matemático (y poder mediático), el neoliberalismo se ha convertido en la forma suprema de la sociodicea conservadora que se anunciaba, desde hace treinta años, con el nombre de «crepúsculo de las ideologías» o, más recientemente, de «final de la historia».

Para combatir el mito de la «mundialización», que tiene como función hacer aceptable una restauración, un retorno a un capitalismo salvaje, pero racionalizado, y cínico, hace falta volver a los hechos. Si se contemplan las estadísticas, observamos que la competencia que sufren los trabajadores europeos es esencialmente intraeuropea. De acuerdo con las fuentes que utilizo, el 70 % de los intercambios económicos de las naciones europeas se realizan con otros países del continente. Al hacer hincapié en la amenaza extraeuropea, se oculta que el principal peligro está constituido por la competencia intraeuropea y lo que se llama a veces el *social dumping*: los países europeos con débil protección social y salarios bajos pueden sacar partido de sus ventajas al competir, pero al hacerlo perjudican a los otros, obligados de ese modo a abandonar las conquistas sociales para resistir. Lo cual implica que, para escapar de esa espiral, a los trabajadores de los países desarrollados les interesa asociarse

con los de los países menos desarrollados para conservar sus conquistas y favorecer su generalización a todos los trabajadores europeos. (Lo que no es fácil, debido a las diferentes tradiciones nacionales, especialmente en lo que respecta al peso de los sindicatos respecto al Estado y los modos de financiación de la protección social.)

Pero eso no es todo. También cuentan los efectos, que todos podemos verificar, de la política neoliberal. Así, por ejemplo, cierto número de estudios británicos muestran que la política thatcheriana ha suscitado una enorme inseguridad, una sensación de angustia, primero entre los trabajadores manuales, y luego también en la pequeñoburguesía. Observamos exactamente lo mismo en los Estados Unidos, donde asistimos a una multiplicación de los empleos precarios y mal pagados (que hacen bajar fácilmente la tasa de paro). Las clases medias estadounidenses, sometidas a la amenaza del despido brutal, viven en una terrible inseguridad (lo que demuestra que tener empleo no es importante únicamente por el trabajo y el salario que procura, sino por la seguridad que garantiza). En todos los países, la proporción de trabajadores con contrato temporal aumenta en relación al número de trabajadores fijos. La precariedad laboral y la flexibilización provocan la pérdida de las escasas ventajas (a menudo calificadas de privilegios de «rico») que podían compensar los parcos salarios, como el empleo estable, las prestaciones sanitarias y la garantía de jubilación. La privatización, por su parte, provoca la pérdida de las conquistas colectivas. Por ejemplo, en el caso de Fran-

cía las tres cuartas partes de los trabajadores contratados por primera vez lo son a título temporal, y sólo una cuarta parte de ellos se convertirá en trabajadores fijos. Evidentemente, los nuevos contratados tienden a ser jóvenes, lo que hace que en Francia la inseguridad laboral afecte especialmente a la juventud —ya lo verifiqué en mi libro *La misère du monde*—, y ocurre lo mismo en Gran Bretaña, donde el desamparo juvenil alcanza cotas máximas, con consecuencias como la delincuencia y otros fenómenos extremadamente costosos.

A lo que se añade, actualmente, la destrucción de las bases económicas y sociales de las conquistas culturales más excepcionales de la humanidad. La autonomía de los universos de producción cultural respecto al mercado, que no había cesado de crecer gracias a las luchas y los sacrificios de escritores, artistas y científicos, está cada vez más amenazada. El reinado del «comercio» y lo «comercial» se impone de modo generalizado en la literatura, en especial mediante la concentración editorial, cada vez más directamente sometida a las presiones del beneficio inmediato, en la crítica literaria y artística, en manos de los más oportunistas lacayos de los editores —o de sus colegas, mediante el extendido hábito de «pagar con la misma moneda»—, y, sobre todo, en el cine (podemos preguntarnos qué quedará, dentro de diez años, del cine experimental europeo si no se hace nada para ofrecer a los productores de vanguardia medios de producción y, quizá aún más importante, de difusión). ¿Y qué decir de las ciencias sociales, condenadas a satisfacer los encargos

directamente interesados de las burocracias, empresariales o estatales, o morir bajo la censura del poder (en el que se turnan los oportunistas) o el dinero?

Si bien la globalización es, fundamentalmente, un mito justificador, existe un caso en el que es muy real, el de los mercados financieros. Al amparo de la disminución de cierto número de controles jurídicos y la mejora de los medios de comunicación modernos, que conlleva el descenso de los costes de comunicación, nos orientamos hacia un mercado financiero unificado, lo que no quiere decir homogéneo. Dicho mercado financiero está dominado por determinadas economías, es decir, por los países más ricos, en especial, por aquel cuya moneda se utiliza como divisa internacional de reserva y dispone, por ello, de un gran margen de libertad en el interior de esos mercados financieros. El mercado financiero es un campo en el que los dominadores, los Estados Unidos en este caso concreto, ocupan una posición tal que pueden establecer en buena parte las reglas del juego. Esta unificación de los mercados financieros alrededor de un determinado número de naciones que disfrutan de una posición dominante provoca la consiguiente reducción de la autonomía de los mercados financieros nacionales. Los financieros franceses y los inspectores de Hacienda, que nos dicen que hay que doblegarse a la necesidad, olvidan decir que se convierten en cómplices de esa necesidad y que, a través de ellos, es el Estado nacional francés el que abdica.

En suma, la globalización no es una homogeneización, sino, por el contrario, la extensión de la influen-

cia de un pequeño número de naciones dominantes sobre el conjunto de los mercados financieros nacionales. De ahí resulta una redefinición parcial de la división del trabajo internacional de la que los trabajadores europeos sufren las consecuencias, por ejemplo, mediante la transferencia de capitales e industrias hacia los países con mano de obra barata. Este mercado del capital internacional tiende a reducir la autonomía de los mercados del capital nacional y, en especial, a impedir la manipulación por los Estados nacionales de las tasas de cambio y los tipos de interés, cada vez más determinados por un poder concentrado en manos de un pequeño número de países. Los poderes nacionales están sometidos al peligro de ataques especulativos por parte de agentes dotados de fondos masivos que pueden provocar una devaluación; evidentemente, los gobiernos de izquierda están amenazados de manera especial porque suscitan la suspicacia de los mercados financieros (un gobierno de derechas que practique una política poco acorde con los ideales del FMI corre menos peligro que un gobierno de izquierdas, incluso si éste realiza una política conforme con los ideales del FMI). La estructura del campo mundial ejerce una presión estructural, lo que confiere a esos mecanismos una apariencia de fatalidad. La política de un Estado concreto está determinada, en gran medida, por su posición en la estructura de la distribución del capital financiero (que define la estructura del campo económico mundial).

En presencia de esos mecanismos, ¿qué cabe hacer? Convendría reflexionar, en primer lugar, sobre los

límites implícitos que acepta la teoría económica. La teoría económica no contempla, en la evaluación de los costes de una política, lo que se llaman los costes sociales. Por ejemplo, la política de la vivienda que decidió Giscard d'Estaing en 1970 suponía a largo plazo unos costes sociales que ni siquiera constan como tales, ya que, a excepción de los sociólogos, ¿quién se acuerda, veinte años después, de esa medida? ¿Quién relacionaría en 1990 un tumulto en un barrio periférico de Lyon con una decisión política de 1970? Los crímenes quedan impunes porque quedan olvidados. Sería preciso que todas las fuerzas sociales críticas insistieran en la incorporación a los cálculos económicos de los costes sociales de las decisiones económicas: ¿qué costará eso a largo plazo en despilfarros, sufrimientos, enfermedades, suicidios, alcoholismo, consumo de drogas, violencia familiar, etcétera, cosas todas ellas que cuestan muy caro en dinero, pero también en sufrimiento? Creo que, aunque eso pueda parecer muy cínico, es preciso combatir la economía dominante con sus propias armas y recordar que, en la lógica del interés bien entendido, la política estrictamente económica no es por fuerza económica, dados sus costes en inseguridad de las personas y los bienes y, por lo tanto, en policía, etcétera. Más exactamente, hay que poner en cuestión de modo radical la visión económica que lo individualiza todo, tanto la producción como la justicia o la sanidad, tanto los costes como los beneficios, y que olvida que la eficacia, de la que ofrece una definición mezquina y abstracta, al identificarla tácitamente con la rentabilidad financie-

ra, depende, sin duda, de los fines con los que se la mide: la rentabilidad financiera para los accionistas y los inversionistas, como ahora, o la satisfacción de los clientes y los usuarios, o, más ampliamente, la satisfacción y el bienestar de los productores, los consumidores y, así, paso a paso, de la gran mayoría. A esa economía mezquina y miope hay que oponer una *economía de la felicidad*, que tomaría buena nota de todos los beneficios, individuales y colectivos, materiales y simbólicos, asociados a la actividad (como la seguridad), así como de todos los costes, materiales y simbólicos, asociados a la inactividad o a la precariedad (por ejemplo, el consumo de medicamentos: Francia ostenta el récord del consumo de tranquilizantes). No se puede bromear con *la ley de la conservación de la violencia*: toda violencia se paga y, por ejemplo, la violencia estructural que ejercen los mercados financieros, en forma de despidos, precariedad laboral, etcétera, tiene su contrapartida, más pronto o más tarde, en forma de suicidios, delincuencia, crímenes, droga, alcoholismo y pequeñas o grandes violencias cotidianas.

En la situación actual, las luchas críticas de los intelectuales, los sindicatos, las asociaciones, tienen que dirigirse prioritariamente contra la debilitación del Estado. Los Estados nacionales están minados desde fuera por las fuerzas financieras, y desde dentro por todos aquellos que se convierten en cómplices de estas últimas, es decir, los financieros, los altos funcionarios de las finanzas, etcétera. Pienso que los dominados están interesados en defender el Estado, en especial en su

aspecto social. Esta defensa del Estado no se inspira en ningún nacionalismo. Se puede luchar contra el Estado nacional, pero no hay que dejar por ello de defender las funciones «universales» que desempeña y que pueden ser desempeñadas con eficacia igual, por no decir mayor, por un Estado supranacional. Si no se quiere que sea el Bundesbank el que gobierne, por medio de las tasas de interés, las políticas financieras de los diferentes Estados, ¿no conviene luchar a favor de la construcción de un Estado supranacional, relativamente autónomo en relación con las fuerzas económicas internacionales y las fuerzas políticas nacionales y capaz de desarrollar las dimensiones sociales de las instituciones europeas? Por ejemplo, las medidas que tienden a garantizar la reducción del tiempo de trabajo sólo adquirirían todo su sentido si fueran tomadas por una institución europea y aplicables al conjunto de las naciones europeas.

Desde un punto de vista histórico, el Estado ha sido una fuerza de racionalización, pero que se ha puesto al servicio de las fuerzas dominantes. Para evitarlo, no basta con rebelarse contra los tecnócratas de Bruselas. Convendría inventar un nuevo internacionalismo, por lo menos a la escala regional europea, que ofreciera una alternativa a la regresión nacionalista que, gracias a la crisis, amenaza más o menos a todos los países europeos. Se trataría de construir unas instituciones capaces de controlar las fuerzas del mercado financiero, de introducir —los alemanes disponen de una palabra magnífica— un *Regrezionsverbot*, una prohibición de regresión en materia de conquistas so-

ciales a escala europea. Para ello, es absolutamente indispensable que las instituciones sindicales intervengan a ese nivel supranacional, porque es ahí donde se ejercen las fuerzas contra las que luchan. Así pues, es preciso intentar la creación de las bases organizativas de un auténtico internacionalismo crítico capaz de enfrentarse realmente al neoliberalismo.

Último punto. ¿Por qué los intelectuales son tan ambiguos en esos temas? No pretendo enumerar –sería demasiado largo y demasiado cruel– todas las formas de dimisión o, peor aún, de colaboración. Evocaré únicamente los debates de los filósofos llamados modernos o posmodernos, que, cuando no se contentan con dejar hacer, ocupados como están en sus juegos escolásticos, se encierran en una defensa verbal de la razón y el diálogo racional o, peor aún, proponen una variante llamada posmoderna, en realidad «radical chic», de la ideología del crepúsculo de las ideologías, con la condena de las grandes epopeyas o la denuncia nihilista de la ciencia.

En realidad, la fuerza de la ideología neoliberal estriba en que se basa en una especie de neodarwinismo social: son «los mejores y los más brillantes», como se dice en Harvard, los que triunfan (Becker, premio Nobel de Economía, ha desarrollado la idea de que el darwinismo es el fundamento de la aptitud para el cálculo racional que atribuye a los agentes económicos). Detrás de la visión mundialista de la internacional de los dominadores hay una filosofía de la competencia según la cual los más competentes son los que gobiernan y los que tienen trabajo, lo que implica que quienes no

lo tienen no son competentes. Existen los *winners* y los *losers*, existe la nobleza, lo que yo llamo la nobleza de Estado, es decir, las personas que tienen todos los atributos de una nobleza en el sentido medieval del término y deben su autoridad a la educación, o sea, según ellos, a la inteligencia, concebida como un don divino, cuando sabemos que, en realidad, está repartida por toda la sociedad y las desigualdades de inteligencia son desigualdades sociales. La ideología de la competencia es muy adecuada para justificar una oposición que se parece un poco a la de los amos y los esclavos: por un lado, unos ciudadanos al ciento por ciento que tienen capacidades y actividades muy poco comunes y extraordinariamente bien pagadas, que pueden elegir patrono (cuando los demás se consideran afortunados si los elige un patrono), que pueden conseguir cotizaciones muy elevadas en el mercado laboral internacional, que están sobrecargados de trabajo, hombres y mujeres (he leído un estudio británico muy interesante sobre esas desmesuradas parejas de ejecutivos que recorren el mundo, saltan de un país a otro, tienen ingresos alucinantes que no conseguirían gastar aunque vivieran cuatro vidas, etcétera), y, por otro lado, una masa de personas condenadas a los empleos precarios o al paro.

Max Weber dijo que los dominantes necesitan siempre una «teodicea de sus privilegios» o, mejor aún, una sociodicea, es decir, una justificación teórica del hecho de que son unos privilegiados. La competencia figura actualmente en el centro de esta sociodicea, que es aceptada, evidentemente, por los dominantes

—les interesa hacerlo—, pero también por los demás.¹ En la miseria de los excluidos del trabajo, en la miseria de los parados de larga duración, hay algo más que en el pasado. La ideología anglosajona, siempre un poco predicadora, diferenciaba a los pobres inmorales de los *deserving poor* —los pobres que hacían méritos por salir de la pobreza—, los únicos dignos de la caridad. A esa justificación ética se ha sumado, o la ha sustituido, otra de tipo intelectual. Los pobres no son sólo inmorales, alcohólicos, corrompidos, sino que son también estúpidos, carecen de inteligencia. En el sufrimiento social interviene en gran medida la miseria de la relación con la escuela, que no se limita a forjar los destinos sociales, sino también la imagen que las personas se hacen de ese destino (lo que, sin duda, contribuye a explicar la llamada pasividad de los dominados, la dificultad de movilizarlos, etcétera). Platón tenía una visión del mundo social que se parece a la de nuestros tecnócratas: primero los filósofos, los guardianes, y después el pueblo. Esa filosofía se inscribe, de manera implícita, en el sistema escolar. Muy poderosa, está profundamente interiorizada. ¿Por qué se ha pasado del intelectual comprometido al intelectual «desentendido»? En parte, porque los intelectuales son depositarios del capital cultural y, aunque sean dominados respecto a los dominantes, forman parte de éstos. He aquí una de las razones de su ambivalencia y su tibio compromiso en las luchas. Participan confusa-

1. Véase P. Bourdieu, «Le racisme de l'intelligence», en *Questions de sociologie*, Éd. de Minuit, París, 1980, pp. 264-268.

mente de la ideología de la competencia. Cuando se rebelan, sigue siendo, como en 1933 en Alemania, porque consideran que no reciben todo lo que se merecen dada su competencia, garantizada por sus diplomas.

Atenas, octubre de 1996

No me gustaría haber venido hasta aquí para aportar una contribución puramente teórica. La ruptura de los vínculos de integración social que se pide a la cultura que repare es consecuencia directa de una política económica. Y se espera a menudo de los sociólogos que arreglen los platos rotos por los economistas. Así pues, en lugar de limitarme a proponer lo que se llama en los hospitales curas paliativas, intentaré plantear la cuestión de la contribución del médico a la enfermedad. Podría ocurrir, en efecto, que, en buena parte, las «enfermedades» sociales que deploramos fueran causadas por la medicina, a menudo brutal, que se aplica a quienes se pretende curar.

Por eso, después de leer en el avión que me llevaba de Atenas a Zurich una entrevista con el presidente del Bundesbank, al que se presenta como el «sumo sacerdote del marco alemán», ni más ni menos, quisiera ya

1. Intervención en la Universidad de Friburgo (Alemania), en octubre de 1996, con motivo de los Encuentros Culturales Francoalemanes, que trataron el tema «La integración social como problema cultural».

que estoy aquí, en un centro conocido por sus tradiciones de exégesis literaria, entregarme a una especie de análisis hermenéutico de un texto que encontraréis íntegramente en *Le Monde* del 17 de octubre de 1996.

Esto es lo que dice el «sumo sacerdote del marco alemán»: «El reto actual consiste en crear las condiciones que favorezcan un crecimiento sostenido y la confianza de los inversionistas. Es preciso, pues, controlar los presupuestos públicos [...]» O sea —sea más explícito en las frases siguientes—, enterrar cuanto antes el Estado social, y, entre otras cosas, sus dispendiosas políticas sociales y culturales, para tranquilizar a los inversionistas, que preferirían ocuparse ellos mismos de sus inversiones culturales. Estoy seguro de que a todos ellos les gustan la música romántica y la pintura expresionista, y estoy convencido, asimismo, aun sin conocer al presidente del Bundesbank, de que, en sus ratos libres, al igual que el director de nuestro banco nacional, el señor Trichet, lee poesía y practica el mecenazgo. Sigo: «[...] Es preciso, pues, controlar los presupuestos públicos, bajar las tasas y los impuestos hasta que alcancen un nivel soportable a largo plazo [...]» Lo que debe entenderse así: bajar el nivel de las tasas y los impuestos de los inversionistas hasta que les resulten soportables a largo plazo, lo que evitará, por una parte, que se desanimen, y, por otra, que se vayan con sus inversiones a otra parte. Prosigo mi lectura: «[...] reformar los sistemas de protección social [...]» Es decir, enterrar el Estado del bienestar y sus prácticas de protección social, que tienden a socavar la confianza de los inversionistas, a suscitar su legítima desconfian-

za, convencidos como están, en efecto, de que sus conquistas económicas –si se habla de conquistas sociales, también se puede hablar de conquistas económicas–, es decir, sus capitales, no son compatibles con las conquistas sociales de los trabajadores, y de que esas conquistas económicas deben, evidentemente, ser protegidas a cualquier precio, aunque ello implique reducir las escasas conquistas económicas y sociales de la gran mayoría de los ciudadanos de la Europa futura, los mismos que en diciembre de 1995, durante las huelgas, fueron llamados *ricos, privilegiados*, una y otra vez.

El señor Hans Tietmeyer está convencido de que las conquistas sociales de los inversionistas –es decir, sus conquistas económicas– no sobrevivirían a una perpetuación de los sistemas de protección social. Así pues, se trata de sistemas que hay que reformar *urgentemente*, porque las conquistas económicas de los inversionistas no pueden esperar. Y, para demostrar que no exagero, sigo leyendo al señor Hans Tietmeyer, pensador de altos vuelos, que se sitúa en la gran tradición de la filosofía idealista alemana: «[...] Es preciso, pues, controlar los presupuestos públicos, bajar las tasas y los impuestos hasta que alcancen un nivel soportable a largo plazo, reformar los sistemas de protección social, dismantelar las rigideces que pesan sobre los mercados de trabajo, porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si hacemos un esfuerzo» –el «hacemos» es magnífico– «por flexibilizar los mercados de trabajo.» Ya está. El señor Hans Tietmeyer ha llegado a donde quería llegar, y, en la gran tradición del idealismo alemán, nos ofrece un magnífico

ejemplo de la retórica eufemística que hoy día es de uso común en los mercados financieros: el eufemismo es indispensable para suscitar una confianza duradera por parte de los inversionistas –que, como debe de haber quedado claro, es el alfa y la omega de todo el sistema económico, el fundamento y el objetivo último, el *télos*, de la Europa del futuro–, pero evitando cuidadosamente provocar la desconfianza o la ira de los trabajadores, con los que, pese a todo, hay que contar si se quiere lograr entrar en esa nueva fase de crecimiento que se les ofrece como señuelo, pues son los que han de realizar el esfuerzo indispensable para conseguirlo. Y es que, pese a todo, sigue esperándose de ellos ese esfuerzo, aunque el señor Hans Tietmeyer, decididamente convertido en maestro del eufemismo, diga: «[...] dismantelar las rigideces que pesan sobre los mercados de trabajo, porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si *hacemos* un esfuerzo por flexibilizar los mercados de trabajo.» Espléndido ejercicio retórico, que podría traducirse así: ¡Ánimo, trabajadores! ¡Hagamos entre todos el esfuerzo de flexibilización que se os pide!

En lugar de hacerle, imperturbable, una pregunta sobre la paridad exterior del euro y sus relaciones con el dólar y el yen, el periodista de *Le Monde*, preocupado asimismo por no desanimar a los inversionistas, que leen su periódico y son excelentes anunciantes, hubiera podido preguntarle al señor Hans Tietmeyer el sentido que da a las expresiones clave de la lengua de los inversionistas: *rigideces de los mercados de trabajo* y *flexibilización de los mercados de trabajo*. Si los trabaja-

dores leyera un periódico tan indiscutiblemente serio como *Le Monde*, entenderían al punto lo que hay que entender: trabajo nocturno, trabajo durante los fines de semana, horarios irregulares, más presión, más estrés, etcétera. Como puede verse, «sobre los mercados de trabajo» funciona como una especie de adjetivo atributivo susceptible de unirse a cierto número de palabras, y podría tenerse la tentación, para medir la flexibilidad del lenguaje del señor Hans Tietmeyer, de hablar, por ejemplo, de «flexibilización de los mercados financieros» o de «rigideces que pesan sobre los mercados financieros». Lo insólito que nos resultaría oír semejantes expresiones en boca del señor Hans Tietmeyer induce a suponer que nunca ha pasado por su mente la idea de «desmantelar las rigideces que pesan sobre los mercados financieros» o «hacer un esfuerzo por flexibilizar los mercados financieros». Lo que permite pensar que, contrariamente a lo que puede hacer creer el plural «si hacemos un esfuerzo» del señor Hans Tietmeyer, ese esfuerzo de flexibilización se pide a los trabajadores, y sólo a ellos, y que sólo a ellos, también, se dirige la amenaza, próxima al chantaje, implícita en la frase: «[...] porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si hacemos un esfuerzo por flexibilizar los mercados de trabajo.» En otras palabras: abandonad ahora *vuestras* conquistas sociales, para evitar que los inversionistas pierdan la confianza, en nombre del futuro crecimiento que eso *nos* aportará. Una lógica muy conocida por los trabajadores implicados, que, para resumir la política de participación que les ofrecía en otras épocas

el gaullismo, decían: «Tú me das tu reloj, y yo te doy la hora.»

Releo por última vez, después de este comentario, las declaraciones del señor Hans Tietmeyer: «El reto actual consiste en crear las condiciones que favorezcan un crecimiento sostenido y la confianza de los inversionistas. Es preciso, pues» —obsérvese el «pues»—, «controlar los presupuestos públicos, bajar las tasas y los impuestos hasta que alcancen un nivel soportable a largo plazo, reformar los sistemas de protección social, dismantelar las rigideces que pesan sobre los mercados de trabajo, porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si hacemos un esfuerzo por flexibilizar los mercados de trabajo.» Que un texto tan extraordinario se hallara expuesto a pasar inadvertido y a conocer el efímero destino de los textos que publican a diario los periódicos, se debe a que estaba perfectamente ajustado al «horizonte de expectativas» de la gran mayoría de los lectores de prensa, es decir, de todos nosotros. Y eso plantea el problema de saber cómo se ha producido y difundido un «horizonte de expectativas» tan extendido (ya que lo mínimo que hay que hacer para complementar las teorías de la recepción, de las que no soy adepto, es preguntarse de dónde sale ese «horizonte»). Dicho horizonte es el producto de un trabajo social, o, mejor dicho, político. Si las expresiones del discurso del señor Hans Tietmeyer se aceptan tan fácilmente, es porque circulan por todas partes. Son omnipresentes, están en todas las bocas, corren como moneda de curso legal, son admitidas sin ningún titubeo, precisamente como si se tratara de

una moneda, de una moneda estable y fuerte, sin duda, de una moneda tan estable y digna de confianza, fe y crédito como el marco alemán: «crecimiento sostenido», «confianza de los inversionistas», «presupuestos públicos», «sistemas de protección social», «rigideces», «mercados de trabajo», «flexibilizar», a lo que convendría añadir «globalización» (me he enterado por otro periódico que leí, siempre en el avión que me llevaba de Atenas a Zurich, de que, síntoma de una vasta difusión, los cocineros hablan también de «globalización» para defender la cocina francesa...), «flexibilización», «bajar las tasas» –sin precisar cuáles–, «competitividad», «productividad», etcétera.

Este discurso de talante económico sólo puede correr más allá del círculo de sus promotores mediante la colaboración de multitud de personas –políticos, periodistas, meros ciudadanos– que tienen el suficiente barniz de conocimientos económicos para participar en la circulación generalizada de las expresiones mal contrastadas de una *vulgata* económica. Buen indicio del efecto que produce la machaconería mediática son las preguntas del periodista, que, en cierto modo, se adelanta a las expectativas del señor Tietmeyer: está tan imbuido de antemano de las respuestas, que podría darlas él. Por medio de semejantes complicidades pasivas se ha ido imponiendo poco a poco una visión llamada neoliberal, conservadora, en realidad, que se sustenta en una fe, propia de otros tiempos, en la inevitabilidad histórica fundada en la primacía de las fuerzas productivas sin más regulación que las voluntades concurrentes de los productores individuales. Y

quizá no sea casualidad que tantas personas de mi generación hayan pasado sin esfuerzo de un fatalismo marxista a un fatalismo neoliberal: en ambos casos, el economismo provoca la desmotivación y la apatía al anular la política e imponer una serie de objetivos indiscutidos: crecimiento máximo, competitividad, productividad. Aceptar la manera de pensar del presidente del Bundesbank significa aceptar esa filosofía. Lo sorprendente es que dicho mensaje fatalista adopte aires de mensaje liberador, mediante una serie de juegos de palabras alrededor de las ideas de libertad, liberación, desregulación, etcétera, y una serie de eufemismos o de atribución de dobles sentidos a las palabras —a la palabra «reforma», por ejemplo—, encaminados a presentar una restauración como una revolución, de acuerdo con una lógica que es la de todas las revoluciones conservadoras.

Volvamos, para terminar, a la expresión clave del discurso de Hans Tietmeyer, *la confianza de los mercados*. Tiene el mérito de iluminar por completo la disyuntiva histórica a la que se enfrentan todos los poderes: hay que elegir entre la confianza de los mercados y la confianza del pueblo. Pero la política que apunta a conservar la primera se expone a perder la segunda. De acuerdo con un reciente sondeo acerca de la actitud respecto a los políticos, dos tercios de las personas interrogadas les reprochan su incapacidad para escuchar y tomar en consideración lo que piensan los franceses, reproche especialmente frecuente entre los partidarios del Frente Nacional —cuyo irresistible ascenso se deplora, por otra parte, sin pensar ni por un instan-

te en establecer la relación entre el Frente Nacional y el FMI-. (El desencanto respecto a los políticos es más intenso entre los jóvenes de 18 a 34 años, los obreros, los empleados y los simpatizantes del Partido Comunista y el Frente Nacional. Relativamente elevada entre los partidarios de todos los partidos políticos, la tasa de desconfianza alcanza el 64 % entre los simpatizantes del Partido Socialista, hecho que también tiene que ver con el ascenso del Frente Nacional.) Si se relaciona la confianza de los mercados financieros, que se pretende salvar a cualquier precio, con la desconfianza de los ciudadanos, quizá veamos mejor dónde está la raíz de la enfermedad. Con muy pocas excepciones, la economía es una ciencia abstracta basada en la disociación, absolutamente injustificable, de lo económico y lo social que caracteriza al economismo. En esta disociación está el origen del fracaso de cualquier política que no tenga otro fin que la protección del «orden y la estabilidad económicos», ese nuevo Absoluto del que el señor Tietmeyer se ha convertido en reverente servidor, fracaso al que conduce la ceguera política de unos cuantos y que pagamos todos.

Friburgo, octubre de 1996

LOS CIENTÍFICOS, LA CIENCIA ECONÓMICA Y EL MOVIMIENTO SOCIAL¹

El movimiento social de diciembre de 1995 fue un hecho sin precedentes por su amplitud y, sobre todo, por sus objetivos. Y si ha sido considerado en extremo importante por gran parte de la población francesa, y también a nivel internacional, se debe, en especial, a que ha introducido en las luchas sociales objetivos completamente nuevos. De modo confuso, a modo de esbozo, ha aportado un auténtico proyecto de sociedad, afirmado de manera colectiva y capaz de oponerse a lo que impone la política dominante, la de los revolucionarios conservadores que están actualmente en el poder, tanto en las instituciones políticas como en las instituciones de producción de discurso.

Al preguntarme qué podían aportar los científicos a una empresa como los Estados Generales, me he convencido de la necesidad de su presencia al considerar la dimensión típicamente cultural e ideológica de esa revolución conservadora. El movimiento de diciembre

1. Intervención con motivo de la sesión inaugural de los Estados Generales del Movimiento Social.

fue apoyado de modo tan masivo porque fue entendido como una defensa de las conquistas sociales, no de una categoría social particular –aunque una categoría especial fuera su punta de lanza, porque se sentía especialmente afectada–, sino de la totalidad de una sociedad, e incluso de un conjunto de sociedades: esas conquistas afectan al trabajo, la educación pública, los transportes públicos y todo lo que es público, así como al Estado, esa institución que –al contrario de lo que se nos quiere hacer creer– no es necesariamente arcaica ni regresiva.

Si ese movimiento surgió en Francia, no fue por casualidad. Hay razones históricas. Pero lo que debería sorprender a los observadores es que prosiga de forma escalonada, en Francia con modalidades diferentes, inesperadas –¿quién habría esperado que el movimiento de los camioneros adoptara la forma que adoptó?–, así como en Europa: en España en el momento actual; en Grecia hace unos años; en Alemania, donde se ha inspirado en el movimiento francés y ha reivindicado explícitamente su afinidad con él; en Corea –lo que todavía es más importante, por razones simbólicas y prácticas–. Me parece que esta especie de lucha escalonada corre en busca de una unidad teórica y, sobre todo, práctica. El movimiento francés puede ser considerado la vanguardia de una lucha mundial contra el neoliberalismo y la nueva revolución conservadora, lucha en la que la dimensión simbólica es extremadamente importante. Ahora bien, me parece que una de las debilidades de todos los movimientos progresistas reside en el hecho de que han infravalorado la importancia de esa dimensión simbólica y no siem-

pre han forjado las armas adecuadas para combatirla. Los movimientos sociales llevan varias revoluciones simbólicas de retraso en relación con sus adversarios, que utilizan consejeros expertos en comunicación, en televisión, etcétera.

La revolución conservadora se vale del neoliberalismo, que le da una mano de barniz científico, y de la capacidad de actuar como teoría. Uno de los errores teóricos y prácticos de muchas teorías —comenzando por la marxista— ha sido dejar de tomar en consideración la eficacia de la teoría. No sigamos cometiéndolo. Nos enfrentamos a unos adversarios armados con teorías, y creo que conviene oponerles armas intelectuales y culturales. A causa de la división del trabajo, hay quienes están mejor armados que otros para llevar a cabo esa lucha, porque es su oficio. Y algunos de ellos están dispuestos a dedicarse a esa tarea. ¿Qué pueden aportar? En primer lugar, cierta autoridad. ¿Qué nombre reciben las personas que apoyaron al gobierno en diciembre? Expertos, y eso que todos juntos no le llegaban a la suela del zapato a ningún aprendiz de economista. A esa manifestación de autoridad hay que oponer otra manifestación de autoridad.

Pero eso no es todo. La fuerza de la autoridad científica, que influye en el movimiento social y llega hasta lo más hondo de las conciencias de los trabajadores, es muy grande. Produce una especie de desmoralización. Y una de las razones de su fuerza es que se halla en manos de personas que parecen estar completamente de acuerdo entre sí: en general, el consenso es un signo de verdad. También se basa en los instrumentos en

apariencia más poderosos de que dispone actualmente el pensamiento, en especial, las matemáticas. La actividad de lo que se llama la ideología dominante se apoya hoy día, hasta cierto punto, en el uso que hace de las matemáticas (sin duda, hay en esto algo de exageración, pero es una manera de llamar la atención sobre el hecho de que el trabajo de racionalización –el hecho de ofrecer motivos para justificar cosas a menudo injustificables– ha encontrado en la actualidad un instrumento muy poderoso en la economía matemática). A esta ideología, que disfraza de razón pura un pensamiento simplemente conservador, es importante oponerle razones, argumentos, refutaciones, demostraciones, es decir, oponérsele mediante una labor científica.

Una de las bazas del pensamiento neoliberal es que se presenta como una especie de «gran cadena del Ser».¹ Igual que en la vieja metáfora teológica, en la que en un extremo aparece Dios, y después se llega a las realidades más humildes por medio de una serie de eslabones, en la cima de la nebulosa neoliberal aparece, en lugar de Dios, un matemático, y en su base, un ideólogo de *Esprit*,² que no sabe nada de economía, pero puede hacer creer que sí gracias a un ligero barniz de vocabulario técnico. Esta cadena ejerce un poderoso efecto en cuanto manifestación de autoridad.

1. Alusión al libro *The Great Chain of Being*, de Arthur Lovejoy.

2. *Esprit*, revista del pensamiento asociada a la corriente del «personalismo cristiano» y núcleo del movimiento de intelectuales que apoyaban la reforma de Juppé.

Incluso los militantes tienen dudas, que proceden en parte de la fuerza, esencialmente social, de la teoría que da autoridad a la palabra del señor Trichet o el señor Tietmeyer, presidente del Bundesbank, o de tal o cual ensayista. No se trata de un encadenamiento de argumentaciones, sino más bien de una cadena de autoridades, que van del matemático al banquero, del banquero al filósofo-periodista, y del ensayista al periodista. Es también un canal por el que circulan dinero y todo tipo de prebendas económicas y sociales, desde las invitaciones internacionales hasta el prestigio personal. Nosotros los sociólogos, sin denunciar a nadie, podemos emprender el desmantelamiento de esas redes y mostrar cómo bajo la circulación de ideas subyace una circulación de poder. Hay gente que intercambia servicios ideológicos por posiciones de poder. Sería bueno dar unos ejemplos, pero basta con leer atentamente la lista de los firmantes de la famosa «Petición de los expertos». En efecto, lo interesante sería poner de manifiesto las relaciones ocultas que existen entre personas que, por lo general, trabajan aisladamente —aunque a menudo se las vea aparecer emparejadas en los falsos debates de la televisión—, entre fundaciones, asociaciones, revistas, etcétera.

Esas personas sostienen colectivamente, como si hubieran alcanzado un consenso, un discurso fatalista que consiste en transformar ciertas tendencias económicas en destino. Ahora bien, las leyes sociales, las leyes económicas, etcétera, sólo surten efecto en la medida en que se las deja actuar. Y si los conservadores son partidarios del *laisser-faire* es porque, en general,

las leyes mediante las cuales surten efecto esas tendencias conservan y necesitan del *laisser-faire* para conservar. Las de los mercados financieros, en especial, de las que se nos habla sin cesar, son unas leyes de conservación que necesitan del *laisser-faire* para realizarse.

Convendría desarrollar, argumentar y, sobre todo, matizar. Me disculpo por el tono un tanto simplificador de lo que he dicho. En lo que se refiere al movimiento social, puede contentarse con existir; de ese modo ya crea suficientes problemas, y no se le pedirá, además, que ofrezca justificaciones. En cuanto a los intelectuales que se asocian a él, se les pregunta inmediatamente: «¿Qué proponéis?» No debemos caer en la trampa del programa. Ya hay suficientes partidos y aparatos para eso. No hemos de crear un contraprograma, sino un dispositivo de investigación colectivo, interdisciplinario e internacional, que asocie a científicos, militantes, representantes de los militantes, etcétera, en el que los investigadores tendrían un papel claramente definido: podrían participar de manera especialmente eficaz, porque es su oficio, en grupos de trabajo y de reflexión, asociados con las personas que participan en el movimiento.

Eso excluye, de entrada, cierto número de papeles: los científicos no son compañeros de viaje, es decir, rehenes y avales, colegas y coartadas que firman unas peticiones y de los que se prescinde así que han sido utilizados; tampoco son *apparatchiks ždanovistas* que ejercen en los movimientos sociales unos poderes de apariencia intelectual que no consiguen ejercer en la vida intelectual; tampoco son expertos que van a dar

lecciones, ni siquiera expertos antiexpertos; tampoco son profetas dispuestos a contestar a todas las preguntas sobre el movimiento social y su futuro. Son individuos que pueden ayudar a definir la función de instituciones como ésta. O recordar que las personas aquí presentes no lo están en tanto que portavoces, sino en tanto que ciudadanos que acuden a un lugar de discusión e investigación con unas ideas y unos argumentos y dejan a la puerta los tópicos, las jergas, las plataformas y los hábitos burocráticos de los aparatos políticos. No siempre es fácil. Entre los hábitos burocráticos que amenazan con volver figuran la creación de comisiones, las mociones de síntesis, a menudo preparadas de antemano, etcétera. La sociología enseña cómo funcionan los grupos y cómo utilizar las leyes de funcionamiento de los grupos para intentar burlarlas.

Hay que inventar nuevas formas de comunicación entre los científicos y los militantes, así como una nueva división del trabajo entre ellos. Una de las misiones que los científicos tal vez puedan desempeñar mejor que nadie es la lucha contra el vapuleo mediático. A lo largo del día no paramos de escuchar tópicos. Ya no se puede conectar la radio sin oír hablar de «aldea planetaria», «mundialización», etcétera. Son palabras que no dicen nada, pero mediante las cuales se transmite toda una filosofía, toda una visión del mundo, palabras que engendran el fatalismo y la sumisión. Se puede contrarrestar este vapuleo criticando las palabras, ayudando a los no profesionales a dotarse de armas de resistencia específica para combatir las manifestaciones de autoridad y el poder de la televisión, que de-

sempeña un papel trascendental. Actualmente ya no es posible emprender ninguna lucha social sin disponer de programas de lucha específica con la televisión y contra ella. Remito al libro de Patrick Champagne *Faire l'opinion*,¹ que merecería ser una especie de manual del luchador político. En esa lucha, el combate contra los intelectuales mediáticos es importante. En lo que me concierne, esas personas no me quitan el sueño, y no pienso nunca en ellas cuando escribo, pero desempeñan un papel extremadamente importante desde el punto de vista político, y es deseable que parte de los científicos acepte gastar un poco de su tiempo y su energía, con ánimo militante, para contrarrestar su intervención.

Otro objetivo es inventar nuevas formas de acción simbólica. Respecto a ese punto, creo que los movimientos sociales, con algunas excepciones históricas, llevan cierto retraso. En su libro, Patrick Champagne muestra que algunas grandes movilizaciones pueden recibir menos espacio en los periódicos y la televisión que otras, minúsculas, pero producidas de una manera que interesa a los periodistas. No se trata, evidentemente, de luchar contra los periodistas, también sometidos a las presiones de la precariedad laboral, con todos los efectos de censura que engendra en todos los oficios de producción cultural. Pero es fundamental saber que una parte enorme de lo que digamos o hagamos quedará filtrada, es decir, anulada, en muchas ocasiones, por la manera como lo cuenten los periodis-

1. P. Champagne, *Faire l'opinion*, Éd. de Minuit, París, 1993.

tas. Sin exceptuar lo que hagamos aquí. Ésta es una observación que no reproducirán en sus crónicas...

Para terminar, diré que uno de los problemas consiste en ser reflexivo; es una palabra muy solemne, pero no la utilizo de manera gratuita. Nuestro objetivo no es únicamente inventar respuestas, sino inventar una manera de inventar las respuestas, de inventar una nueva manera de organizar el trabajo de contestación y de organizar la contestación, el trabajo militante. A nosotros, los científicos, nos gustaría que parte de nuestras investigaciones fuera útil para el movimiento social en lugar de perderse, como ocurre a menudo actualmente, al ser interceptada y deformada por los periodistas o por intérpretes hostiles, etcétera. En el marco de grupos como *Raisons d'Agir* deseamos inventar formas de expresión nuevas, que permitan comunicar a los militantes las conquistas más avanzadas de la investigación. Pero esto supone también, por parte de los científicos, un cambio de lenguaje y estado de ánimo.

Volviendo al movimiento social, creo, como he dicho hace un momento, que nos encontramos ante movimientos escalonados –también habría podido citar las huelgas de estudiantes y profesores en Bélgica, las huelgas italianas– de lucha contra el imperialismo neoliberal, luchas que muchas veces no se conocen entre sí (y que pueden adoptar formas que no siempre resultan simpáticas, como algunas formas de integrismo). Así pues, convendría unificar como mínimo la información internacional y hacerla circular. Hay que reinventar el internacionalismo, que fue secuestrado por el

imperialismo soviético, o sea, inventar unas formas de pensamiento teórico y unas formas de acción capaces de situarse en el ámbito donde debe desarrollarse el combate. Por más que el ámbito de actuación de la mayoría de las fuerzas económicas dominantes sea el mundial, transnacional, lo cierto es que el lugar que deberían ocupar los movimientos transnacionales de lucha encargados de combatirlos está vacío. Vacío por lo que respecta a la teoría, porque no es pensado, ese lugar tampoco está ocupado en la práctica porque no existe una auténtica organización internacional de las fuerzas capaces de contrarrestar, por lo menos a escala europea, la nueva revolución conservadora.

París, noviembre de 1996

Los pueblos de Europa se encuentran actualmente en un punto crucial de su historia, porque las conquistas de muchos siglos de luchas sociales y combates intelectuales y políticos por la dignidad de los trabajadores están directamente amenazadas. Los movimientos que se observan por todas partes, en el conjunto de Europa, y también fuera de ella, incluso en Corea, esos movimientos que se suceden en Alemania, Francia, Grecia, Italia, etcétera, sin que exista entre ellos ninguna coordinación, son rebeliones contra una política que adopta formas diferentes según los países, aunque siempre se inspira en la misma intención, es decir, destruir las mejoras sociales, que son, dígame lo que se diga, algunas de las máximas conquistas de la civilización; unas conquistas que hay que universalizar, extender a todo el universo, «mundializar», en lugar de tomar el pretexto de la «mundialización», de la concurrencia de países menos adelantados, económica y so-

1. Intervención con motivo del Tercer Foro de la DGB (Deutscher Gewerkschaftsbund, Confederación Alemana de Sindicatos) de Hesse, celebrado en Frankfurt el 7 de junio de 1997.

cialmente, para cuestionarlas. No hay nada más natural ni más legítimo que la defensa de esas conquistas, que algunos quieren presentar como una forma de conservadurismo o arcaísmo. ¿Se condenaría como conservadurismo la defensa de las conquistas culturales de la humanidad, de Kant o Hegel, de Mozart o Beethoven? Las conquistas sociales a las que me refiero –derecho al trabajo, seguridad social–, por las que los hombres y mujeres han sufrido y luchado, son conquistas no menos elevadas y preciosas y que, además, no sobreviven únicamente en los museos, las bibliotecas y las academias, sino que están vivas y activas en la vida de la gente y dirigen su existencia cotidiana. Por este motivo no puedo dejar de sentir cierta sensación de escándalo ante aquellos que, convirtiéndose en aliados de las fuerzas económicas más brutales, condenan a quienes, al defender sus conquistas, calificadas a veces de «privilegios», defienden las conquistas de todos los hombres y todas las mujeres, de Europa y de cualquier otro lugar.

La interpelación que dirigí hace unos meses al señor Tietmeyer ha sido a menudo mal entendida. La razón es que ha sido entendida como una respuesta a una pregunta mal planteada porque fue planteada, precisamente, según una lógica que es la del pensamiento neoliberal, al que pertenece el señor Tietmeyer. De acuerdo con este punto de vista, se admite que la integración monetaria, simbolizada por la creación del euro, es la condición previa obligatoria, el requisito necesario y suficiente de la integración política de Europa. En otras palabras, se considera que la integra-

ción política de Europa se seguirá necesaria e ineluctablemente de la integración económica. Lo que implica que oponerse a la política de integración monetaria, y a sus defensores, como el señor Tietmeyer, es, aparentemente, oponerse a la integración política; en suma, estar «contra Europa».

Pues bien, no es así. Lo que está en cuestión es el papel del Estado (de los Estados nacionales actualmente existentes o del Estado europeo que se trataría de crear), sobre todo, en la protección de los derechos sociales, el papel del Estado social, el único capaz de contrarrestar los mecanismos implacables de la economía abandonada a sí misma. Cabe estar contra una Europa que, como la del señor Tietmeyer, daría carta blanca a los mercados financieros y estar al mismo tiempo a favor de una Europa que, mediante una política concertada, se enfrente a la violencia desenfrenada de esos mercados. Pero nada permite confiar en que semejante política sea llevada a cabo por la Europa de los banqueros que está al caer. No cabe esperar de la integración monetaria que asegure la integración social. Muy al contrario: sabemos, en efecto, que los Estados que quieran preservar su competitividad en el seno de la zona euro a costa de sus socios comunitarios no tendrán más solución que rebajar las cargas salariales reduciendo las cargas sociales; el *dumping* social y salarial y la «flexibilización» del mercado de trabajo serán los únicos recursos de que dispondrán los Estados, privados de la posibilidad de maniobrar con los tipos de cambio. Al efecto de esos mecanismos se sumará, sin duda, la presión de las «autoridades

monetarias», como el Bundesbank y sus dirigentes, siempre dispuestos a predicar la «austeridad salarial». Sólo un Estado social europeo sería capaz de contrarrestar la acción *desintegradora* de la economía monetaria. Pero el señor Tietmeyer y los neoliberales no quieren ni los Estados nacionales, en los que ven simples obstáculos al libre funcionamiento de la economía, ni, a *fortiori*, el Estado supranacional, que querrían reducir a un banco. Y está claro que, si quieren desembarazarse de los Estados nacionales (o del Consejo de Ministros de los Estados de la Unión) privándolos de su poder, no es para crear un Estado supranacional, que les impondría, con una autoridad incrementada, las presiones, en materia de política social especialmente, de las que quieren liberarse a cualquier precio.

Así pues, cabe enfrentarse a la integración de Europa basada sólo en la moneda única sin ser enemigo, en absoluto, de la integración política europea, sino, muy al contrario, preconizando la creación de un Estado europeo capaz de controlar la banca europea y, más exactamente, capaz de controlar, anticipándose a ellos, los efectos sociales de la unión limitada a su dimensión meramente monetaria, de acuerdo con la filosofía neoliberal que quiere hacer desaparecer todos los vestigios del Estado (social) por considerarlos trabas para el funcionamiento armonioso de los mercados.

Es evidente que la competencia internacional (especialmente intraeuropea) es un obstáculo para la realización *en un solo país* de lo que ustedes llaman la *Regrezionsverbot*, la «prohibición de la regresión». Eso se

ve claramente en el tema de la reducción de las horas de trabajo o en el del relanzamiento económico (pese a que la reducción de las horas de trabajo se autofinanciaría en parte gracias al probable aumento de la productividad, lo cual permitiría destinar a otros fines parte de las enormes cantidades que se gastan en el subsidio de paro). John Major lo entendió muy bien cuando dijo, cínicamente: «Ustedes tendrán las cargas sociales y nosotros tendremos el trabajo.» También lo entendieron algunos patronos alemanes, que comienzan a trasladar empresas a Francia, donde el desmantelamiento de los derechos sociales está, relativamente, más «adelantado». En realidad, si bien es cierto que la competencia es, en lo esencial, intraeuropea y son los trabajadores franceses los que arrebatan el trabajo a los trabajadores alemanes, y viceversa —y no podría ser de otro modo, ya que *cerca de las tres cuartas partes de los intercambios exteriores de los países europeos se realizan dentro de los límites del espacio europeo*—, no lo es menos que los efectos de una disminución de las horas de trabajo sin disminución del salario quedarían muy atenuados siempre que tal medida fuera decidida y practicada a escala europea.

Ocurre lo mismo con las políticas de relanzamiento de la demanda o de inversión en las nuevas tecnologías, que, imposibles o ruinosas como repiten machaconamente los enteradillos, si se practican en un solo país, pasarían a ser razonables a escala continental. Y lo mismo ocurriría, en general, con cualquier acción orientada por los principios de una verdadera economía del bienestar, capaz de tomar nota de todos los be-

neficios y todos los costes, materiales y simbólicos, de los comportamientos humanos y, en especial, de la actividad y la inactividad. En fin, a la Europa monetaria, destructora de las conquistas sociales, es indispensable oponerle una Europa social, basada en la alianza entre los trabajadores de los diferentes países europeos y capaz de neutralizar las amenazas que los trabajadores de cada país hacen pesar, especialmente mediante el *dumping social*, sobre los de los restantes países.

Desde esta perspectiva, y para salir de un simple programa abstracto, habría que inventar un nuevo internacionalismo, tarea que incumbe, en primer lugar, a las organizaciones sindicales. Pero el internacionalismo, además de haberse visto desacreditado, en su forma tradicional, por su subordinación al imperialismo soviético, se enfrenta a grandes obstáculos porque las estructuras sindicales son nacionales (vinculadas al Estado y, en parte, producidas por él) y están distanciadas por tradiciones históricas diferentes: por ejemplo, en Alemania existe una fuerte autonomía de los diversos interlocutores sociales, mientras que Francia cuenta con una tradición sindical débil frente a un Estado fuerte; de la misma manera, las formas de protección social varían enormemente, desde Gran Bretaña, donde está financiada por los impuestos, hasta Alemania y Francia, donde se basa en las cotizaciones. A escala europea, apenas existe nada. La llamada «Europa social», de la que se preocupan muy poco los «guardianes del euro», se reduce a unos cuantos grandes principios, como por ejemplo la Carta Comunitaria de los Derechos Sociales Fundamentales, que define un míni-

mo de derechos cuya implantación se deja a la discreción de los Estados miembros. El protocolo prevé la posibilidad de adoptar por mayoría directrices en el terreno de las condiciones de trabajo, la información, y la consulta a los trabajadores y la igualdad de oportunidades laborales entre hombres y mujeres. También está previsto que los «socios sociales» europeos tengan el poder de negociar acuerdos colectivos, que, una vez adoptados por el Consejo de Ministros, adquirirán carácter de ley.

Todo esto es muy bonito, pero ¿dónde está la fuerza social europea capaz de imponer tales acuerdos a la patronal europea? Las instituciones internacionales, como la Confederación Europea de Sindicatos, son débiles (por ejemplo, no cuentan con cierto número de sindicatos, como la Confederación General del Trabajo francesa) frente a una patronal organizada y, paradójicamente, ceden casi siempre la iniciativa a las instituciones comunitarias (y a los tecnócratas), incluso cuando se trata de derechos sociales. Los comités de empresa europeos, como se ha visto en algunos conflictos en el seno de empresas multinacionales, podrían ser un poderoso recurso, pero, meras estructuras de consulta, chocan con las diferencias de intereses que separan o enfrentan a los distintos países. La coordinación europea de las luchas está muy retrasada. Las organizaciones sindicales han desperdiciado las ocasiones importantes, como la huelga alemana por las 35 horas, que no fue seguida a nivel europeo, o las grandes movilizaciones que hubo en Francia y otros países europeos, a fines de 1995 y comienzos de 1996,

contra la política de austeridad y desmantelamiento de los servicios públicos. Los intelectuales, sobre todo en Alemania, han permanecido silenciosos, cuando no se han convertido en portavoces del discurso dominante.

¿Cómo crear las bases de un nuevo internacionalismo, a nivel sindical, intelectual y popular? Cabe diferenciar dos formas posibles de acción que no se excluyen entre sí. Se da, en primer lugar, una movilización de los pueblos, la cual supone una contribución específica de los intelectuales en la medida en que la desmovilización procede en parte de la desmoralización determinada por la acción permanente de «propaganda» de los ensayistas y los periodistas, propaganda que ni se percibe ni se entiende como tal. Las bases sociales del éxito de una movilización semejante existen: me limitaré a recordar los efectos de las transformaciones de las relaciones en el sistema escolar, especialmente con el aumento del nivel de instrucción, la devaluación de los títulos escolares y la consiguiente pérdida de categoría estructural, así como el debilitamiento de la brecha entre estudiantes y trabajadores manuales (la brecha entre viejos y jóvenes, fijos y temporales o proletarizados subsiste, aunque se hayan creado unos vínculos reales a través, por ejemplo, de los hijos de obreros con estudios afectados por la crisis). Pero también, y sobre todo, hay una evolución de la estructura social que contradice el mito de la generalización de la clase media, tan extendido en Alemania, a causa del aumento de las desigualdades sociales, ya que la masa global de las rentas del capital ha aumentado en un 60 %, mientras que las rentas del traba-

jo asalariado han permanecido estables. Esta acción de movilización internacional supone que se deje un lugar importante al combate por las ideas (rompiendo con la tradición «obrerista» que obsesiona a los movimientos sociales, sobre todo en Francia, e impide dejar un lugar adecuado a las luchas intelectuales en las luchas sociales) y, en especial, a la crítica de las representaciones que producen y propagan, sin interrupción, las instituciones dominantes y sus pensadores de turno, estadísticas falsas, bulos respecto al pleno empleo en Gran Bretaña o los Estados Unidos, etcétera.

En segundo lugar, puede promoverse un internacionalismo capaz de conducir a un Estado social transnacional mediante la acción sobre los Estados nacionales y por medio de ellos, ya que en la situación actual, y al carecer de una visión global del futuro, son incapaces de gestionar el interés general comunitario. Es preciso actuar sobre los Estados nacionales, por una parte, para defender y reforzar las conquistas históricas asociadas al Estado nacional (a menudo tanto más importantes y arraigadas en los hábitos cuanto más fuerte es el Estado, como en Francia), y, por otra, para obligar a esos Estados a trabajar en la creación de un Estado social europeo que acumule las conquistas sociales más avanzadas de los diferentes Estados nacionales (más guarderías, escuelas y hospitales, y menos ejército, policía y cárceles), así como para subordinar la instauración del mercado unificado a la adopción de medidas sociales destinadas a contrarrestar las probables consecuencias sociales que la libre competencia provocará en los asalariados. (Aquí es posible inspirar-

se en el ejemplo de Suecia, que rechaza la entrada en el euro hasta una nueva negociación que vuelva a situar en primer plano la coordinación de las políticas económicas y sociales.) La cohesión social es un fin tan importante como la paridad de las monedas, y la armonización social es la condición del éxito de una auténtica unión monetaria.

Si se hace de la armonización social, y de los lazos de solidaridad que crea y supone, una condición previa absoluta, es preciso someter de entrada a la negociación, con la misma preocupación por el rigor que se reserva hasta el momento a los índices económicos (como los famosos 3 % del Tratado de Maastricht), cierto número de objetivos comunes: el establecimiento de *salarios mínimos* (diferenciados por zonas, para tener en cuenta las disparidades regionales); la adopción de medidas *contra la corrupción y el fraude fiscal*, que reducen la contribución de las actividades financieras a los gastos públicos y provocan indirectamente una imposición excesiva sobre el trabajo, y contra el *dumping social* entre actividades directamente concurrentes; la adopción de un *derecho social común* que aceptaría, a título de transición, una diferenciación por zonas, y que iría unificándose integrando en su seno las leyes que regulan las políticas sociales, en los casos en que existan, y se desarrollaría de nuevo cuño cuando no existan tales leyes: por ejemplo, instauración de una renta mínima para las personas sin empleo remunerado y sin otros recursos, disminución de las cargas que pesan sobre el trabajo, desarrollo de normas que garanticen derechos sociales como la for-

mación, el empleo y la vivienda, y adopción de una política exterior en materia social, encaminada a difundir y generalizar las normas sociales europeas; la adopción y aplicación de una *política común de inversión* adecuada al interés general: en lugar de las estrategias de inversión resultantes de la autonomización de actividades financieras exclusivamente especulativas y/o orientadas por consideraciones de beneficio a corto plazo, o basadas en presupuestos totalmente contrarios al interés general, como la creencia de que las reducciones de personal son una garantía de buena gestión y rentabilidad, se procuraría privilegiar las estrategias que tienden a asegurar la protección de los recursos no renovables y el medio ambiente, el desarrollo de las redes transeuropeas de transporte y energía, la extensión de la vivienda social y la renovación urbana (en especial, mediante transportes urbanos ecológicos), la inversión en investigación y desarrollo en material de salud y protección del medio ambiente, la financiación de nuevas actividades, consideradas más arriesgadas y que adoptan formas no reconocidas por el mundo financiero (pequeñas empresas, trabajo independiente).¹

Esto, que puede parecer un mero catálogo de medidas inconexas, se inspira, en realidad, en la voluntad de romper con el fatalismo del pensamiento neoliberal, de «liberar de la fatalidad» por medio de la política al sustituir la economía connatural al neoliberalismo

1. He tomado cierto número de estas sugerencias de Yves Sasse, *Propositions pour une autre Europe, construire Babel*, Éditions du Félin, París, 1997.

por una economía de la felicidad que, basada en las iniciativas y la voluntad humanas, tenga presentes en sus cálculos los costes del sufrimiento y los beneficios que aporta la realización personal, factores que ignora el culto estrictamente economicista de la productividad y la rentabilidad.

El futuro de Europa depende mucho del peso de las fuerzas progresistas en Alemania (sindicatos, Partido Socialista, Verdes) y de su voluntad y su capacidad para enfrentarse a la política del euro «fuerte» que defienden el Bundesbank y el gobierno alemán. Y dependerá mucho de su capacidad para animar y sostener el movimiento a favor de una reorientación de la política europea que se manifiesta ya en varios países y, especialmente, en Francia. En suma, en contra de todos los profetas de la desdicha que quieren convenceros de que vuestro destino está en manos de fuerzas trascendentes, independientes e indiferentes como los «mercados financieros» o los mecanismos de la «mundialización», afirmo, y espero convenceros de ello, que el futuro, vuestro futuro, que también es el nuestro, el de todos los europeos, depende en buena parte de vosotros, en tanto que alemanes y en tanto que sindicalistas.

Frankfurt, junio de 1997

¿Cómo explicar la extrema violencia de las reacciones que ha suscitado *Sur la télévision* entre los periodistas franceses más famosos? La mojigata indignación que han manifestado es imputable sin duda, por una parte, al *efecto de transcripción*, que hace desaparecer, inevitablemente, el acompañamiento no escrito de la palabra, el tono, los gestos, la mímica, las sonrisas, es decir, todo lo que, para un espectador de buena fe, marca de entrada la diferencia entre un discurso animado por la preocupación de hacer entender y convencer y el panfleto polémico que, pese a todos mis anticipados desmentidos, han querido ver la mayoría de ellos. Pero su indignación se explica, sobre todo, por algunas de las propiedades más típicas de la visión periodística, como la propensión a identificar lo nuevo con las llamadas «revelaciones» o a dar prioridad al

1. Este texto fue publicado como postfacio a la edición inglesa de *Sur la télévision* (P. Bourdieu, *Sur la télévision*, Liber-Raisons d'Agir, París, 1996 [*Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997]).

aspecto más directamente visible del mundo social, es decir, los individuos, sus acciones y, sobre todo, sus malas acciones, desde una perspectiva que a menudo es la de la denuncia y el proceso, en detrimento de las estructuras y los mecanismos invisibles (en este caso, los del campo periodístico) que orientan los actos y los pensamientos y cuyo conocimiento favorece la comprensiva indulgencia más que la indignada condena (primacía de lo visible que puede conducir a una suerte de censura cuando sólo se trata un tema si se cuenta con imágenes, y con imágenes espectaculares). O también la propensión a interesarse por las «conclusiones» (supuestas) más que por el camino que permite llegar a ellas. Me acuerdo también de aquel periodista que, con motivo de la aparición de mi libro *La noblesse d'État*, balance de diez años de investigaciones, me propuso participar en un debate televisivo sobre las grandes escuelas especializadas en el que el presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos hablaría «a favor», mientras que yo lo haría «en contra», y que no entendió que pudiera negarme. De la misma manera, las «grandes plumas» que se han metido con mi libro *Sur la télévision* han dejado de lado el método que utilizo (y, en especial, el análisis del mundo periodístico en tanto que campo), con lo que lo han reducido, sin saberlo siquiera, a una serie de tomas de posición banales, enteveradas de algunos estallidos polémicos.

Es, sin embargo, ese método el que quisiera utilizar de nuevo para intentar mostrar, aun a riesgo de nuevos malentendidos, que el campo periodístico pro-

duce e impone una visión extremadamente especial del campo político que nace de la estructura del campo periodístico y los intereses específicos de los periodistas que en él se forman.

En un universo que, como el mundo del periodismo y, sobre todo, de la televisión, está dominado por el temor pánico de resultar aburrido y la preocupación de divertir a cualquier precio, la política está llamada a aparecer como un tema ingrato que se excluye siempre que se puede de las horas de mayor audiencia, un espectáculo poco excitante, por no decir deprimente, y difícil de tratar; que conviene hacer interesante a cualquier precio. De ahí la tendencia que se observa en todas partes, tanto en los Estados Unidos como en Europa, a sacrificar cada vez más el editorialista y el reportero-investigador al animador-bufón; la información, el análisis, la entrevista profunda, la discusión de especialistas y el reportaje a la mera diversión y, en especial, a los chismorreos insignificantes de los falsos debates entre interlocutores adictos e intercambiables (a algunos de los cuales, crimen imperdonable, he citado por su nombre, a modo de ejemplo). Para entender realmente lo que se dice y, sobre todo, lo que no puede decirse en esos intercambios ficticios, habría que analizar con detalle las condiciones de selección de los que en los Estados Unidos son llamados *panelists*: estar siempre disponibles, es decir, siempre dispuestos a participar, pero también a jugar el juego, aceptando hablar de todo (es la definición exacta de lo que en Italia se llama *tuttologo*) y contestar a todas las preguntas, incluso a las más extravagantes o las más chocan-

tes, que se les ocurra plantear a los periodistas; estar dispuestos a todo, es decir, a todas las concesiones (sobre el tema, sobre los otros participantes, etcétera), a todos los compromisos y a todas las componendas para estar allí y asegurarse de ese modo los beneficios directos e indirectos de la notoriedad «mediática»: prestigio en el seno de los órganos de prensa, invitaciones a dar lucrativas conferencias, etcétera; procurar, en especial durante las entrevistas previas que algunos productores hacen, sobre todo, en los Estados Unidos, pero cada vez más también en Europa, elegir a los *panelists*, tomar posición con fórmulas sencillas expresadas en términos claros y brillantes, y evitar complicarse la vida demostrando que hay temas de los que se tienen verdaderos conocimientos (de acuerdo con la fórmula «*The less you know, the better off you are*»).*

Pero los periodistas, que invocan las expectativas del público para justificar esta política de la simplificación demagógica (completamente contraria a la intención democrática de informar, o de educar divirtiéndose), sólo consiguen proyectar sobre él sus propias inclinaciones, su propia visión, especialmente cuando el temor a aburrir y, por lo tanto, a que baje el índice de audiencia los lleva a primar la pelea sobre el debate, la polémica sobre la dialéctica, y a hacer cualquier cosa para privilegiar el enfrentamiento entre las personas (los políticos, especialmente) en menoscabo de la confrontación entre sus argumentos, es decir, del tema

* «Cuanto menos sepas, mejor para ti.» (*N. del T.*)

mismo del debate, sea el déficit presupuestario, la disminución de los impuestos o la deuda exterior. Dado que lo esencial de su competencia consiste en un conocimiento del mundo político basado en la intimidad de los contactos y las confidencias (es decir, en rumores y chismes), más que en la objetividad de la observación y la investigación, son propensos, en efecto, a llevarlo todo a un terreno en el que son expertos y a preocuparse más del juego y los jugadores que de las bazas que están en juego, más por cuestiones de pura táctica política que por la sustancia de los debates, más por el efecto político de los discursos en la lógica del campo político (la de las coaliciones, las alianzas o los conflictos entre personas) que por su contenido (cuando no inventan e imponen en la discusión problemas ficticios, como, en el caso de las últimas elecciones francesas, la cuestión de decidir si en el debate entre la izquierda y la derecha tenían que intervenir dos políticos -Jospin, líder de la oposición, y Juppé, primer ministro de derechas- o cuatro -Jospin y Hue, su aliado comunista, por una parte, y Juppé y Léotard, su aliado centrista, por otra-, cuestión que, so capa de muestra de neutralidad, era una imposición política, destinada a favorecer a los partidos conservadores al ser susceptible de poner de manifiesto eventuales divergencias entre los aliados de izquierda). Por su posición ambigua en el mundo político, en el que son actores muy influyentes sin ser por ello miembros de pleno derecho, y en el que están capacitados para ofrecer a los políticos unos servicios simbólicos indispensables (que, por otra parte, no pueden asegurarse a sí mis-

mos, salvo, en la actualidad, de manera colectiva, en el terreno literario, donde juegan sin reparos al juego de los «favores mutuos»), los periodistas son propensos al punto de vista de Tersites* y a una forma espontánea de filosofía de la suspicacia que los lleva a buscar las causas de las tomas de posición más desinteresadas y las convicciones más sinceras en los intereses asociados a posiciones en el campo político (como las rivalidades en el seno de un partido o de una «corriente»).

De ahí que tiendan a producir y proponer, tanto por el tono de sus comentarios políticos como por las preguntas de sus entrevistas, una *visión cínica* del mundo político como una especie de circo entregado a las manipulaciones de unos ambiciosos carentes de convicciones, guiados por intereses vinculados a la competición que los enfrenta. (Es cierto, dicho sea de paso, que se ven estimulados por la acción de los consejeros y los asesores políticos en esta especie de marketing político deliberadamente organizado, aunque no por fuerza cínico, que cada vez es más necesario para triunfar en política ajustándose a las exigencias del campo periodístico y sus instituciones más típicas, como las grandes emisiones políticas televisadas, los clubes de la prensa, etcétera, que obran como auténticos «grupos de presión» y contribuyen cada vez más a crear a los políticos y su reputación.) Esta atención exclusiva al «microcosmos» político, a los hechos que se

* Personaje de la *Iliada*, encarnación de la maledicencia y la malevolencia. (N. del T.)

desarrollan en su seno y a los efectos que se le atribuyen, tiende a producir una brecha con el punto de vista del público o, por lo menos, con sus sectores más preocupados por las consecuencias reales que pueden tener las tomas de posición políticas sobre su existencia y sobre el mundo social. Brecha que se ve considerablemente ensanchada y profundizada, sobre todo en el caso de las estrellas de la televisión, por la distancia social asociada al privilegio económico y social. Sabemos, en efecto, que, a partir de los años sesenta, en los Estados Unidos y la mayoría de los países europeos, las estrellas mediáticas añaden a unos salarios extremadamente elevados —del orden de cien mil dólares o más en Europa, e incluso de varios millones de dólares en los Estados Unidos—¹ los emolumentos, a menudo exorbitantes, asociados a la participación en debates, a las giras de conferencias, a las colaboraciones habituales en la prensa, a las sesiones de promoción, especialmente con motivo de reuniones de grupos profesionales. Por ello la dispersión de la estructura de la distribución del poder y los privilegios en el campo periodístico no hace más que crecer, a medida que, paralelamente a los pequeños empresarios capitalistas, que deben conservar y aumentar su capital simbólico mediante una política de presencia permanente en las antenas (necesaria para mantener su cotización en el mercado de las conferencias y las sesiones de promoción), se desarrolla un extenso subproletariado conde-

1. Véase James Fallows, *Breaking the News. How Media Undermine American Democracy*, Vintage Books, Nueva York, 1997.

nado por la precariedad laboral a una forma de autocensura.¹

A esos efectos se añaden los de la competencia en el seno del campo periodístico que ya he mencionado, como la obsesión por la exclusiva sensacional y la tendencia a dar prioridad sin discusión a la información más reciente y de más difícil acceso, o la demagogia que estimula la competición por la interpretación más original y más paradójica, es decir, muchas veces la más cínica, o también los juegos de predicción «de usar y tirar» a propósito de la evolución de las cuestiones de actualidad, es decir, los pronósticos y los diagnósticos a la vez poco elaborados (parecidos a las quinielas deportivas) y que tienen asegurada la impunidad más absoluta, porque están protegidos por el olvido casi inmediato que engendran la discontinuidad prácticamente perfecta de la crónica periodística y la rápida rotación de los sucesivos conformismos.

Todos estos mecanismos contribuyen a producir un efecto global de despolitización o, más exactamente, de desencanto de la política. La búsqueda de lo divertido inclina, sin que sea necesario quererlo explícitamente, a desviar la atención hacia un espectáculo (o un escándalo) siempre que la vida política hace surgir un problema importante, pero de apariencia aburrida, o, más sutilmente, a convertir la llamada «actualidad» en una melopea de acontecimientos divertidos, muchas veces situados, como en el caso paradigmático

1. Véase Patrick Champagne, «Le journalisme entre précarité et concurrence», *Liber*, 29, diciembre de 1996, pp. 6-7.

del proceso de O. J. Simpson, a medio camino entre el suceso y el espectáculo, en una sucesión sin pies ni cabeza de acontecimientos heterogéneos, yuxtapuestos por los azares de la coincidencia cronológica (un terremoto en Turquía y la presentación de un plan de restricciones presupuestarias, una victoria deportiva y un juicio escandaloso), que se reducen al absurdo al reducirlos a lo que se muestra en el instante presente, rabinosamente inmediato, y disociarlos de todos sus antecedentes o sus consecuencias.

El desinterés por los cambios insensibles, es decir, por todos los procesos que, al igual que la deriva de los continentes, pasan inadvertidos y son imperceptibles mientras ocurren, y cuyos efectos sólo se manifiestan plenamente con el tiempo, incrementa los efectos de la *amnesia estructural* que favorecen la lógica del pensamiento al día y la competencia impuesta por la identificación de lo importante y lo nuevo (la noticia sensacional y las «revelaciones») para inclinar a los periodistas a producir una representación «instantaneísta» y discontinua del mundo. Por falta de tiempo y, sobre todo, de interés, así como de información previa (su trabajo de documentación se limita siempre a la lectura de los artículos de prensa dedicados al tema que tratan), casi nunca pueden volver a situar los acontecimientos (por ejemplo, un acto de violencia en una escuela) en el sistema de relaciones en que están insertos (como la situación de la estructura familiar, vinculada, a su vez, al mercado de trabajo, que, a su vez, está relacionado con la política fiscal, etcétera) y contribuir así a arrancarlos de su aparente absur-

didad. No cabe duda de que los periodistas se sienten estimulados a actuar así por la inclinación de los políticos y, en especial, de los responsables gubernamentales, a los que, a su vez, estimulan con los «efectos publicitarios», a poner el acento en las empresas a corto plazo, en detrimento de las acciones sin efectos inmediatamente visibles.

Esta visión deshistorizada y deshistorizante, atomizada y atomizante, encuentra su realización paradigmática en la imagen que ofrecen del mundo los noticiarios televisivos, sucesión de historias aparentemente absurdas que acaban por parecerse entre sí, desfiles ininterrumpidos de pueblos miserables, secuencias de acontecimientos que, aparecidos sin explicación, desaparecerán sin que sepamos su solución, hoy el Zaire, ayer Biafra, mañana el Congo, y que, despojados de ese modo de cualquier necesidad política, sólo pueden suscitar, en el mejor de los casos, un vago interés humanitario. Esas tragedias desvinculadas que se suceden sin ninguna perspectiva histórica no llegan a distinguirse realmente de las catástrofes naturales, tornados, incendios forestales, inundaciones, que también están muy presentes en los noticiarios, por ser tradicionales, por no decir rituales, desde un punto de vista periodístico y, sobre todo, espectaculares y poco costosas de cubrir, y cuyas víctimas son tan poco idóneas para suscitar la solidaridad o la rebelión propiamente políticas como las de los descarrilamientos de trenes y demás accidentes.

Así pues, las presiones de la competencia se conjugan con las rutinas profesionales para llevar a las tele-

visiones a producir la imagen de un mundo lleno de violencias y delitos, de guerras étnicas y odios raciales, y a proponer a la contemplación cotidiana un entorno amenazador, incomprensible e inquietante, del que conviene, ante todo, retraerse y protegerse, una sucesión absurda de desastres absolutamente incomprensibles y en los que no se puede intervenir. Así se introduce hábilmente, poco a poco, una filosofía pesimista de la historia que estimula más el retraimiento y la resignación que la rebelión y la indignación, y que, lejos de movilizar y politizar, sólo puede contribuir a aumentar los temores xenófobos, de la misma manera que la ilusión de que la delincuencia y la violencia no dejan de aumentar favorece las ansiedades y las fobias por la «seguridad». La sensación de que el mundo ha escapado del control de la mayoría de los mortales se conjuga con la impresión de que —un poco a la manera del deporte de alto nivel, que abre una brecha semejante entre sus practicantes y los espectadores— el juego político es cosa de profesionales para estimular, especialmente en las personas menos politizadas, una desvinculación fatalista, evidentemente favorable a la conservación del orden establecido.

En efecto, hay que tener una fe tremenda en las capacidades de «resistencia» del pueblo (capacidades innegables, pero limitadas) para suponer, tal como hace cierta «crítica cultural» llamada «posmoderna», que el cinismo profesional de los productores de televisión, cada vez más próximos a los publicitarios en sus condiciones de trabajo, sus objetivos (la búsqueda de la máxima audiencia y, por lo tanto, del «pequeño por-

centaje de ventaja» que permite «vender mejor») y su estilo de pensamiento, pueda encontrar su límite o su antídoto en el activo cinismo de los espectadores (ilustrado especialmente por el *zapping*): considerar universal, como hacen algunos hermeneutas «posmodernos», la aptitud para realizar de forma reflexiva una «lectura» crítica de los mensajes «irónicos y metatextuales» que engendra el cinismo manipulador de los productores de televisión y los publicitarios significa caer, en efecto, en una de las formas más perversas de la ilusión escolástica en su forma populista.

París, junio de 1997

P.: En *Sur* la télévision afirma que es necesario despertar la conciencia de los profesionales sobre la estructura invisible de la prensa. ¿Cree que los profesionales y el público viven todavía sumidos en la ceguera respecto a los mecanismos de los medios en un mundo extremadamente mediatizado? ¿O existe cierta complicidad entre ellos?

P. B.: No creo que los profesionales estén ciegos. Creo, más bien, que viven en un estado de doble conciencia: una visión práctica, que los lleva a sacar el máximo partido, unas veces por cinismo, y otras sin pensarlo, de las posibilidades que les brinda el instrumento mediático del que disponen (me refiero a los más poderosos), y una visión teórica, moralizante y llena de indulgencia hacia sí mismos, que los lleva a negar públicamente la verdad de lo que hacen, a enmascararla e incluso a enmascarársela a sí mismos. Dos

1. Entrevista con P. R. Pires publicada en *O Globo*, de Río de Janeiro, el 4 de octubre de 1997, con motivo de la aparición de la edición brasileña de *Sur la télévision*.

verificaciones: las reacciones ante mi librito, que las «grandes plumas» han condenado de modo unánime y violento al tiempo que decían de todas las maneras posibles que no aportaba nada que no se supiera (de acuerdo con una lógica típicamente freudiana que ya pude observar al publicar mis libros sobre la educación), y los comentarios pontificantes e hipócritas que han producido respecto al papel de los periodistas en la muerte de Lady Diana sin dejar por ello de explotar, más allá de los límites de la decencia, el filón periodístico que constituía aquel no acontecimiento. Esta doble conciencia –muy común entre los poderosos: ya se decía de los augures romanos que no podían mirarse sin echarse a reír– hace que puedan denunciar como denuncia escandalosa o panfleto venenoso la descripción objetiva de su práctica y reconocer al mismo tiempo explícitamente aquello que rechazan, sea en intercambios privados o incluso con el sociólogo que lleva la investigación –doy algunos ejemplos de todo eso en mi libro, a propósito de las sesiones de promoción, especialmente–, así como en sus declaraciones públicas. Por ejemplo, Thomas Ferenczi escribe en *Le Monde* del 7-8 de septiembre, en respuesta a las críticas de los lectores a propósito del tratamiento concedido por el diario al caso Lady Diana, que, efectivamente, «*Le Monde* ha cambiado» y concede cada vez más espacio a lo que llama púdicamente «los hechos de sociedad», verdades que tres meses antes rechazaba con energía. ¡En el momento en que el deslizamiento, *impuesto por la televisión*, salta a la vista, es asumido, en el tono moralizante que conviene, como una manera de adaptarse a

la modernidad y «ampliar su curiosidad»! [Añadido de enero de 1998: Y el «mediador» especialmente autorizado para rechazar las críticas de unos lectores conscientes del peso cada vez mayor de las preocupaciones comerciales en las opciones de la redacción desplegará así cada semana toda su retórica para intentar hacer creer que se puede ser juez y parte machacando, incansable, los mismos argumentos tautológicos. A los que, a propósito de la entrevista hecha por un pálido escritor a un cantante popular¹ en el final de su carrera, reprochan a *Le Monde* derivar hacia «una forma de demagogia», sólo sabe oponer, en *Le Monde* del 18-19 de enero de 1998, la «voluntad de apertura» de su periódico: «Estos temas, y otros, reciben», dice, «un amplio tratamiento porque aportan nuevas, y útiles, luces acerca del mundo que nos rodea y porque interesan, por esa misma razón, a buena parte de nuestros lectores»; a los que, a la semana siguiente, condenan el complaciente reportaje de un intelectual-periodista sobre la situación en Argelia, traición de todos los ideales críticos de la tradición del intelectual, contesta, en *Le Monde* del 25-26 de enero de 1998, que el periodista no tiene por qué elegir entre los intelectuales. Los textos que así produce, semana tras semana, el defensor de la línea del periódico, elegido sin duda por su extrema prudencia, son la mayor imprudencia de ese periódico: el inconsciente más profundo del periodismo se manifiesta allí poco a poco, al hilo de los desafíos lan-

1. Alusiones al escritor Daniel Rondeau y el cantante Johnny Halliday.

zados por los lectores, en una especie de larga sesión semanal de análisis. Así pues, doble nivel de moral entre los profesionales dominantes, en la *Nomenklatura* de los grandes periodistas unidos por intereses comunes y complicidades de todo tipo.¹ En el caso de los periodistas «de base», los peones del reportaje, los meros redactores, todos los oscuros condenados a la precariedad laboral que hacen lo más auténticamente periodístico que tiene el periodismo, la lucidez es, sin duda, mayor, y se expresa a menudo de manera muy directa. Gracias a sus testimonios, entre otras cosas, se puede alcanzar cierto conocimiento del mundo de la televisión.²

P.: Usted analiza la formación de lo que se llama «campo periodístico», pero su punto de vista es el del «campo sociológico». ¿Cree que hay incompatibilidad entre esos dos campos? ¿La sociología muestra las «verdades» y los medios las «mentiras»?

P. B.: Usted introduce una dicotomía muy característica de la visión periodística que —es una de sus propiedades más típicas— es muy a menudo *maniquea*. Es obvio que puede ocurrir que los periodistas produzcan verdades y los sociólogos mentiras. En un campo hay de todo, ¡por definición! Pero, sin duda, en proporcio-

1. Sobre esas complicidades, véase S. Halimi, *Les nouveaux chiens de garde*, Liber-Raisons d'Agir, París, 1997.

2. Véanse, por ejemplo, los excelentes análisis presentados por A. Accardo, G. Abou, G. Balbastre, D. Marine, *Journalistes au quotidien. Outils pour une socioanalyse des pratiques journalistiques*, Le Mascaret, Burdeos, 1995.

nes diferentes y con probabilidades diferentes... Dicho eso, la primera tarea del sociólogo consiste en desmontar esa manera de plantear las cuestiones. Y en mi librito digo en varias ocasiones que los sociólogos pueden ofrecer a los periodistas lúcidos y críticos (hay muchos así, pero no necesariamente en los puestos de mando de las televisiones, radios y periódicos) instrumentos de conocimiento y de comprensión, y, eventualmente, también de acción, que les resultarían eficaces para dominar las fuerzas económicas y sociales que pesan sobre ellos, sobre todo, aliándose con unos científicos en los que a menudo ven enemigos. Me esfuerzo actualmente (en especial, mediante la revista internacional *Liber*) en crear esas conexiones internacionales entre los periodistas y los científicos y desarrollar unas fuerzas de *resistencia* contra las fuerzas opresivas que pesan sobre el periodismo y que éste hace pesar sobre toda la producción cultural y, por medio de ella, sobre toda la sociedad.

P.: La televisión es identificada como una forma de opresión simbólica. ¿Qué posibilidades democráticas tienen la televisión y los medios?

P. B.: Hay una diferencia enorme entre la imagen que los responsables de los medios tienen y ofrecen de esos medios y la realidad de su acción y su influencia. Los medios son, en su conjunto, un factor de despolitización que actúa, evidentemente, de manera prioritaria sobre las fracciones más despolitizadas del público, más sobre las mujeres que sobre los hombres, más sobre los menos instruidos que sobre los más instrui-

dos, más sobre los pobres que sobre los ricos. Esto puede escandalizar, pero lo sabemos perfectamente gracias al análisis estadístico de la probabilidad de formular una respuesta articulada a una pregunta política o de abstenerse de hacerlo (desarrollo ampliamente las consecuencias de este hecho, en especial en materia política, en mi último libro, *Meditaciones pascalianas*).^{*} La televisión (mucho más que la prensa) propone una visión cada vez más despolitizada, aséptica e incolora del mundo y arrastra cada vez más a la prensa en su deslizamiento hacia la demagogia y la sumisión a las presiones comerciales. El caso de Lady Diana es una perfecta ilustración de todo lo que se dice en mi libro, una especie de «salto» a los extremos. Aparece todo mezclado: el escándalo que escandaliza y el efecto «maratón televisiva», es decir, la defensa impune de unas causas vagas, ecuménicas y, sobre todo, absolutamente apolíticas. Se supone que, con motivo de este caso que llegaba justo después de la fiesta papal de la juventud en París y justo antes de la muerte de la Madre Teresa, saltaron los últimos frenos. (La Madre Teresa, que no era, que yo sepa, una progresista en materia de aborto y liberación de la mujer, resultaba muy adecuada para ese mundo gobernado por banqueros desalmados que ven como la cosa más natural que piadosos defensores de lo humanitario acudan a vendar las llagas, a sus ojos inevitables, que ellos mismos han contribuido a abrir.) Por eso, *quince días después del accidente*, *Le Monde* pudo dedicar una portada

^{*} Barcelona, Anagrama, 1999. (*N. del T.*)

al estado de la investigación de ese accidente, mientras que, en el telediario, las matanzas de Argelia y la evolución de las relaciones Israel-Palestina se veían reducidas a unos pocos minutos poco antes del final. Entre paréntesis, usted decía hace un momento: para los periodistas la mentira, para los sociólogos la verdad; quiero expresarle, como sociólogo que conoce bastante bien Argelia, mi admiración por el diario francés *La Croix*, que acaba de publicar un informe extremadamente preciso, riguroso y atrevido sobre los responsables reales de las matanzas en ese país. La pregunta que me hago, y hasta ahora la respuesta es negativa, es si los demás periódicos, y en especial los que tienen grandes pretensiones de seriedad, realizarán también análisis semejantes...

P.: *Retomando la célebre dicotomía propuesta por Umberto Eco en los sesenta, ¿cabe decir que está a favor de los «apocalípticos» en contra de los «integrados»?*

P. B.: Cabría decirlo. Hay muchos «integrados», en efecto. Y la fuerza del nuevo orden dominante consiste en que ha sabido encontrar los medios específicos de «integrar» (en determinados casos podría hablarse de comprar, y en otros de seducir) a un número cada vez mayor de intelectuales, y eso en todo el mundo. Esos «integrados» siguen considerándose a sí mismos, con mucha frecuencia, críticos (o, simplemente, de izquierdas), de acuerdo con el antiguo modelo. Y eso contribuye a otorgar una eficacia simbólica muy grande a su acción en favor de la adhesión al orden establecido.

P.: *¿Qué opinión le merece el papel de los medios en el caso Lady Diana? ¿Confirma su hipótesis sobre el funcionamiento de los medios?*

P. B.: Es una perfecta ilustración, casi inesperada en lo peor, de lo que yo anunciaba. Las familias principescas y reales de Mónaco, Gran Bretaña y otros lugares quedarán como una especie de reserva inagotable de temas para miniseries y telenovelas. En cualquier caso, está claro que el gran espectáculo que se montó alrededor de la muerte de Lady Diana se inscribe perfectamente en la clase de representaciones que fascinan a la pequeña burguesía, y no sólo de Gran Bretaña: grandes comedias musicales del tipo *Evita* o *Jesucristo superstar*, nacidas de la unión del melodrama y los efectos especiales de alta tecnología, lacrimosos seriales televisivos, películas sentimentales, novelas populares de gran tirada, música pop facilona, diversiones llamadas familiares, en fin, todos esos productos de la industria cultural que llenan a lo largo del día las televisiones y las radios conformistas y cínicas y que combinan el moralismo lacrimoso de las Iglesias con el conservadurismo estético de la diversión burguesa.

P.: *¿Qué papel pueden desempeñar los intelectuales en el mundo mediático?*

P. B.: No está claro que puedan tener el protagonismo positivo, de profeta inspirado, que tienden a atribuirse a veces, en los períodos de euforia. No estaría mal que supieran abstenerse de ser cómplices y colaboradores de las fuerzas que amenazan con destruir

las mismas bases de su existencia y su libertad, es decir, las fuerzas del mercado. Han hecho falta varios siglos, como he mostrado en mi libro *Las reglas del arte*,* para que juristas, artistas, escritores y científicos conquistaran su autonomía respecto a los poderes –político, religioso, económico–, y pudieran imponer sus normas propias, sus valores específicos, de autenticidad, en especial, en su propio universo, su microcosmos, y a veces, con éxito variable, en el mundo social (Zola con motivo del caso Dreyfus, Sartre y los 121 con motivo de la guerra de Argelia, etcétera). Esas conquistas de la libertad están amenazadas en todas partes, y no solamente por los coroneles, los dictadores y las mafias: las amenazan fuerzas más insidiosas, las del mercado, pero transfiguradas, reencarnadas en figuras adecuadas para seducir a unos y a otros; para unos, será la figura del economista armado de formalismo matemático, que describe la evolución de la economía «mundializada» como un destino; para otros, la figura de la estrella internacional del rock, el pop o el rap, que difunde un estilo de vida a la vez elegante y fácil (por primera vez en la historia, las seducciones del esnobismo se han vinculado a prácticas y productos típicos del consumo de masas como el vaquero, la camiseta y ciertos refrescos); para otros, en fin, un «radicalismo de campus» bautizado posmoderno, y adecuado para seducir mediante la celebración falsamente revolucionaria del mestizaje de las culturas, etcétera. Si existe un terreno en el que la famosa «mundializa-

* Barcelona, Anagrama, 1995. (*N. del T.*)

ción», que todos los intelectuales «integrados» tienen siempre en la boca, es una realidad, es justamente el de la producción cultural de masas, la televisión (pienso, sobre todo, en esas telenovelas de la que América Latina se ha convertido en especialista y que difunden una versión del mundo «ladyianista»), el cine y la prensa para el gran público o incluso, cosa mucho más grave, el «pensamiento social» para diarios y seminarios, con temas o frases de circulación planetaria como «el fin de la historia», «posmodernismo» o... «globalización». Los artistas, los escritores y los científicos (en primer lugar los sociólogos) están capacitados para combatir esta «mundialización» de lo peor, de manera especial sus efectos más funestos para la cultura y la democracia, y tienen la obligación de hacerlo.

París, septiembre de 1997

ESOS «RESPONSABLES» QUE NOS DECLARAN IRRESPONSABLES¹

Estamos hartos de las tergiversaciones y las dilaciones de todos esos «responsables» elegidos por nosotros que nos declaran «irresponsables» cuando les recordamos las promesas que nos han hecho. Estamos hartos del racismo de Estado que autorizan. Hoy mismo, un amigo mío, francés de origen argelino, me contó que al ir su hija a matricularse en la universidad, una empleada le pidió, con la mayor naturalidad del mundo, que le mostrara su documentación, su pasaporte, por el mero hecho de ver que su apellido era de origen árabe. Para acabar de una vez por todas con esas tropelías y esas humillaciones, inimaginables hace unos pocos años, es preciso romper claramente con una legislación hipócrita que no es más que una inmensa concesión a la xenofobia del Frente Nacional. Evidentemente, hay que derogar las leyes Pasqua y De-

1. Texto publicado en *Les Inrockuptibles*, el 8 de octubre de 1997, a propósito de los proyectos de leyes Guigou y Chevènement sobre la nacionalidad francesa y la entrada y estancia de los extranjeros en Francia.

bré, pero, sobre todo, cortar de raíz las manifestaciones hipócritas de esos políticos que, en un momento en que se reconoce hasta qué punto se comprometió la burocracia francesa en el exterminio de los judíos, dan un permiso tácito a todos los que, en las burocracias, tienen el poder de expresar sus pulsiones más estúpidamente xenófobas, como la empleada de la universidad que mencioné al principio, para que las manifiesten. No sirve de nada comprometerse en grandes discusiones jurídicas sobre los méritos comparados de tal o cual ley. Se trata de abolir, pura y simplemente, una ley que, por su misma existencia, legitima las prácticas discriminatorias de los funcionarios, pequeños o grandes, al contribuir a arrojar una sospecha global sobre los extranjeros, y, evidentemente, no importa cuáles. ¿Qué clase de ciudadano es el que debe demostrar a cada momento su ciudadanía? (Muchos padres franceses de origen argelino no saben qué nombre poner a sus hijos para evitarles futuros problemas. La funcionaria que le pidió la documentación a la hija de mi amigo se sorprendió de que se llame Mélanie...)

Afirmo que una ley es racista cuando permite que un funcionario cualquiera ponga en cuestión la ciudadanía de un ciudadano sólo por ver su cara o leer su apellido, como ocurre mil veces al día en la actualidad. Es lamentable que no haya, en el gobierno tan civilizado que nos ha ofrecido el señor Jospin, un solo portador de alguno de esos estigmas que van como anillo al dedo a la impune arbitrariedad de los funcionarios del Estado francés, un rostro negro o un apellido con resonancias árabes, para recordar al señor Chevènement la

distinción entre el derecho y las costumbres. y que existen disposiciones jurídicas que permiten las peores costumbres. Ofrezco todo esto a la reflexión de quienes, silenciosos o indiferentes actualmente, querrán, dentro de treinta años, manifestar su «arrepentimiento»,¹ en una época en que los jóvenes franceses de origen argelino llevarán como nombre de pila Kelkal.²

París, octubre de 1997

1. Los obispos franceses manifestaron colectivamente su «arrepentimiento» a propósito de la actitud del episcopado durante la ocupación alemana.

2. Kelkal es el nombre de un joven argelino, miembro de una organización terrorista, que murió a manos de la policía.

ACTUALMENTE, LA PRECARIEDAD ESTÁ EN TODAS PARTES¹

El trabajo colectivo de reflexión que se ha hecho aquí durante dos días es absolutamente original porque ha reunido a personas que tienen muy pocas ocasiones de encontrarse y confrontarse, responsables administrativos y políticos, sindicalistas, científicos de los campos de la sociología y la economía, trabajadores a menudo precarios y parados. Me gustaría recordar algunos de los problemas que han sido discutidos. El primero, que está excluido, tácitamente, de las reuniones científicas: ¿qué sale, en definitiva, de todos estos debates o, de modo más incisivo, para qué sirven todas estas discusiones intelectuales? Paradójicamente, son los científicos quienes más se inquietan por esa cuestión, o a quienes más inquieta esa cuestión (pienso, en concreto, en los economistas aquí presentes, escasamente representativos, por lo tanto, de una profesión en la que son muy pocos los que se preocupan por la realidad social o incluso por la realidad a secas), y

1. Intervención con motivo de los Encuentros Europeos contra la Precariedad Laboral, Grenoble, 12-13 de diciembre de 1997.

se la plantean directamente (y, sin duda, está muy bien que así sea). A la vez directa e ingenua, devuelve a esos científicos a sus responsabilidades, que pueden ser muy grandes, por lo menos cuando, por su silencio o su complicidad activa, contribuyen al mantenimiento del orden simbólico que es la condición del funcionamiento del orden económico.

Se ha visto con claridad que la precariedad laboral está actualmente en todas partes. En el sector privado, pero también en el público, que ha multiplicado las plazas temporales e interinas, en las empresas industriales, pero también en las instituciones de producción y difusión cultural, educación, periodismo, medios, etcétera, y que siempre produce unos efectos prácticamente idénticos, que se hacen especialmente visibles en el caso extremo de los parados: la desestructuración de la existencia, privada, entre otras cosas, de unas estructuras temporales, y la degradación de las relaciones con el mundo, el tiempo y el espacio que provoca. La precariedad laboral afecta profundamente a quien la sufre; al convertir el futuro en algo incierto, impide cualquier previsión racional y, en especial, aquel mínimo de fe y esperanza en el futuro que es preciso poseer para rebelarse, sobre todo colectivamente, contra el presente, incluso el más intolerable.

A esos efectos de la precariedad laboral sobre aquellos a los que afecta directamente se suman sus efectos sobre quienes, aparentemente, no han sido afectados. Nunca permite que la olviden: está presente en todo momento, en todas las mentes (a excepción, sin duda,

de las que los economistas liberales, quizás porque, como subraya uno de sus enemigos teóricos, disfrutaban de esa especie de proteccionismo que representa un empleo estable, que los libra de la inseguridad...). Obsesiona a las conciencias y a los inconscientes. La existencia de un importante ejército de reserva, que ya no se encuentra únicamente, debido a la superproducción de diplomados, en los niveles más bajos de la competencia y la calificación técnica, contribuye a dar al trabajador la sensación de que no es, ni mucho menos, irremplazable, y de que su trabajo y su empleo son, en cierto modo, un privilegio, y un privilegio frágil y amenazado (es, por otra parte, lo que le recuerdan, al primer encontronazo, quienes lo emplean, y, a la primera huelga, los periodistas y comentaristas de todo tipo). La inseguridad objetiva sustenta una inseguridad subjetiva generalizada que afecta hoy día, en el corazón de una economía altamente desarrollada, al conjunto de los trabajadores e incluso a los que no están o todavía no están afectados de modo directo. Esta especie de «mentalidad colectiva» (utilizo esta expresión, aunque no me guste mucho, para hacerme entender), común a toda la época, es el origen de la desmoralización y la desmovilización que cabe observar (como ya hice en los años sesenta, en Argelia) en los países subdesarrollados, aquejados de tasas de no empleo y de subempleo muy elevadas y en los que es omnipresente la obsesión del paro.

Los parados y los trabajadores precarios, al estar afectados en su capacidad de proyectarse en el futuro, que es la condición de todos los comportamientos lla-

mados racionales, comenzando por el cálculo económico, o, en un campo muy diferente, la organización política, apenas son movilizables. Paradójicamente, como ya he mostrado en *Travail et travailleurs en Algérie*,¹ mi libro más antiguo y, tal vez, más actual, para concebir un proyecto revolucionario, es decir, una ambición razonada de transformar el presente en relación con un futuro proyectado, hay que tener un mínimo de control sobre el presente. El proletario, a diferencia del subproletario, tiene ese mínimo de garantías presentes, de seguridad, que es necesario para concebir la ambición de cambiar el presente en función del futuro deseado. Pero, dicho sea de paso, también es alguien que todavía tiene algo que defender, algo que perder: su empleo, aunque sea agotador y mal pagado, y muchos de sus comportamientos, a veces descritos como demasiado prudentes, o incluso conservadores, tienen como principio el temor de caer más bajo, de descender el subproletariado.

Cuando el paro, como ocurre actualmente en muchos países europeos, alcanza tasas muy elevadas y la precariedad laboral afecta a una parte muy importante de la población, obreros, empleados del comercio y la industria, pero también periodistas, maestros, estudiantes, el trabajo se convierte en algo excepcional, deseable a cualquier precio, que sitúa a los trabajadores

1. P. Bourdieu, *Travail et travailleurs en Algérie*, Mouton, París-La Haya, 1963 (con A. Darbel, J.-P. Rivet, C. Seibel); *Algérie 60. Structures économiques et structures temporelles*, Éd. de Minuit, París, 1977.

a merced de quienes los emplean, que, como se puede ver todos los días, usan y abusan del poder que así se les ha dado. La competición por el trabajo va acompañada de una competición en el trabajo, que también es una forma de competición por el trabajo, que hay que conservar, a veces a cualquier precio, contra el chantaje del despido. Esta competición, a veces tan salvaje como la que practican las empresas, está en el origen de una auténtica lucha de todos contra todos, destructora de todos los valores de solidaridad y humanidad y que alcanza, a veces, una violencia sin límites. Los que deploran el cinismo que caracteriza, en su opinión, a los hombres y las mujeres de nuestra época, no deberían omitir relacionarlo con las condiciones económicas y sociales que lo favorecen o lo exigen y que lo recompensan.

Así pues, la precariedad laboral actúa directamente sobre quienes la padecen (y a quienes incapacita de hecho, para movilizarse) e indirectamente sobre todos los demás, por el temor que provoca y que explotan de manera metódica las estrategias de la *precarización*, como la introducción de la famosa «flexibilidad», que, evidentemente, se inspira tanto en razones políticas como económicas. Se empieza, pues, a sospechar que la precariedad laboral no es el producto de una *fatalidad económica*, identificada con la famosa «mundialización», sino de una *voluntad política*. La empresa «flexible» explota en cierta manera de forma deliberada una situación de inseguridad que contribuye a reforzar: intenta rebajar sus costes, pero también hacer posible esa rebaja colocando al trabajador en peligro

permanente de perder su trabajo. Todo el universo de la producción, material y cultural, público y privado, es llevado de ese modo a un amplio proceso de precarización, con, por ejemplo, la *desterritorialización de la empresa*: vinculada tradicionalmente a un Estado-nación o a un lugar (Detroit o Turín para el automóvil), tiende ahora cada vez más a disociarse mediante lo que se denomina «empresa red», que se articula a escala continental o planetaria y conecta segmentos de producción, saberes tecnológicos, redes de comunicación y circuitos de formación dispersos por lugares muy alejados unos de otros.

Al facilitar u organizar la movilidad del capital y la «deslocalización» hacia los países con salarios más bajos, donde el coste del trabajo es más reducido, se ha favorecido la extensión de la competencia entre los trabajadores a escala mundial. La empresa nacional (y, a veces, nacionalizada), cuyo territorio de competencia iba unido, más o menos estrictamente, al territorio nacional, y que se disponía a conquistar unos mercados en el extranjero, ha cedido el paso a la empresa multinacional, lo que hace que los trabajadores ya no compitan exclusivamente con sus compatriotas o, como los demagogos pretenden hacer creer, con los extranjeros implantados en el territorio nacional, que, evidentemente, son, en realidad, las primeras víctimas de la precariedad laboral, sino con trabajadores de la otra punta del mundo que están obligados a aceptar salarios miserables.

La precariedad laboral se inscribe en un *modo de dominación* de nuevo cuño, basado en la institución de

un estado generalizado y permanente de inseguridad que tiende a obligar a los trabajadores a la sumisión, a la aceptación de la explotación. Para caracterizar ese modo de dominación, que, aunque en sus efectos se parezca muchísimo al capitalismo salvaje de los orígenes, carece por completo de precedentes, alguien ha propuesto aquí el concepto, a un tiempo muy pertinente y muy expresivo, de *flexplotación*. La palabra evoca perfectamente esa gestión racional de la inseguridad, que, al instaurar, especialmente a través de la manipulación concertada del espacio de producción, la competencia entre los trabajadores de los países con las conquistas sociales más importantes y las resistencias sindicales mejor organizadas –características vinculadas a un territorio y a una historia nacionales– y los trabajadores de los países menos avanzadas socialmente, rompe las resistencias y consigue la obediencia y la sumisión mediante mecanismos en apariencia naturales, que alcanzan por sí mismos su propia justificación. Las sumisas disposiciones que produce la precariedad laboral son la condición de una explotación cada vez más «lograda», basada en la división entre los que, cada vez más numerosos, no trabajan y los que, cada vez más escasos, trabajan pero trabajan cada vez más. Así pues, me parece que lo que se ha presentado como un régimen económico regido por las leyes inflexibles de una especie de naturaleza social es, en realidad, un *régimen político* que sólo puede instaurarse con la complicidad activa o pasiva de los poderes directamente políticos.

En contra de ese régimen político, cabe la lucha

política. Puede proponerse como finalidad inicial, al igual que la acción caritativa, o caritativa-militante, estimular a las víctimas de la explotación, todos los precarios actuales y potenciales, a trabajar en común contra los efectos destructores de la precariedad (ayudándolos a vivir, a «aguantar» y a aguantarse, a salvar su dignidad, a resistir a la desestructuración, a la degradación de la propia imagen, a la alienación) y, sobre todo, a movilizarse, a *escala internacional*, es decir, al mismo nivel en que se ejercen los efectos de la política de precarización, para combatir esa política y neutralizar la competitividad que tiende a instaurar entre los trabajadores de los diferentes países. Pero también puede intentar arrancar a los trabajadores de la lógica de las luchas antiguas que, basadas en la reivindicación del trabajo o de una mejor remuneración de ese trabajo, aprisionan en el trabajo y en la explotación (o la *flexplotación*) que permite. Eso podría conseguirse mediante una redistribución del trabajo (gracias a una sustancial reducción de la semana laboral a escala europea), redistribución inseparable de una redefinición de la distribución entre el tiempo de producción y el tiempo de reproducción, el reposo y el ocio.

Revolución que debería comenzar por el abandono de la visión mezquinamente calculadora e individualista que reduce los agentes a unos calculadores ocupados en resolver unos problemas y unos problemas estrictamente económicos, en el sentido más mezquino de la palabra. Para que el sistema económico funcione, es preciso que los trabajadores contribuyan a ello con

sus propias condiciones de producción y reproducción, pero también deben hacerlo las condiciones de funcionamiento del propio sistema económico, comenzando por su fe en la empresa, en el trabajo, en la necesidad del trabajo, etcétera. Cosas todas ellas que los economistas ortodoxos excluyen *a priori* de su contabilidad abstracta y mutilada para dejar tácitamente la responsabilidad de la producción y la reproducción de todas las condiciones económicas y sociales ocultas del funcionamiento de la economía, tal y como la conocen, a los individuos o, paradójicamente, al Estado, cuya destrucción, por otra parte, predicán.

Grenoble, diciembre de 1997

EL MOVIMIENTO DE LOS PARADOS, UN MILAGRO SOCIAL¹

El movimiento de los parados es un acontecimiento excepcional y extraordinario. Al contrario de lo que nos repiten una y otra vez los diarios escritos y hablados, esta *excepción francesa* es algo de lo que podemos sentirnos orgullosos. En efecto, todos los trabajos científicos han mostrado que el paro destruye lo que toca, que aniquila las defensas y las disposiciones subversivas de quienes lo padecen. Si esa especie de fatalidad ha podido ser burlada, ha sido gracias al trabajo incansable de individuos y asociaciones que han estimulado, apoyado y organizado el movimiento. Y no puedo dejar de considerar extraordinario que los responsables políticos de izquierdas y los sindicatos denuncien la manipulación (volviendo al discurso patronal original contra los nacientes sindicatos) allí donde deberían reconocer las virtudes del trabajo militante, sin el cual sabemos perfectamente que jamás habría existido nada semejante a un movimiento social. Por

1. Intervención del 17 de enero de 1998, con motivo de la ocupación de la Escuela Normal Superior por los parados.

mi parte, quiero expresar mi admiración y mi gratitud —tanto más notables cuanto su empeño me ha parecido muchas veces desesperado— hacia todos aquellos que, en los sindicatos y las asociaciones reunidas en el seno de los Estados Generales del Movimiento Social, han hecho posible lo que constituye claramente un *milagro social* cuyas virtudes y beneficios veremos multiplicarse con el tiempo.

La primera conquista de ese movimiento es el propio movimiento, su propia existencia: saca a los parados y, con ellos, a todos los trabajadores precarios, cuyo número aumenta cada día, de la invisibilidad, el aislamiento, el silencio, en pocas palabras, de la inexistencia. Al reaparecer a la luz del día, los parados devuelven la existencia y un cierto orgullo a todos los hombres y mujeres a los que, como ellos, el no empleo relega habitualmente al olvido y la vergüenza. Pero hacen recordar, sobre todo, que uno de los fundamentos del orden económico y social es el paro masivo y la amenaza que hace pesar sobre todos los que siguen teniendo trabajo. Lejos de quedarse encerrados en un movimiento egoísta, afirman que, aunque existan, sin duda, diversas clases de parados, las diferencias entre ellos no son radicalmente distintas de las que separan a los parados de los trabajadores precarios. Realidad fundamental que se corre el riesgo de olvidar, y de hacer olvidar, si se hace hincapié solamente en las reivindicaciones de «categoría» (¡si se puede decir así!) de los parados, que sirven para separarles de los trabajadores y, en especial, de los más precarios, que pueden sentirse olvidados.

Además, el paro y los parados obsesionan al trabajo y a los trabajadores. Temporeros, contratados por obra, suplentes, intermitentes, contratados por un período determinado, interinos de la industria, del comercio, de la educación, del teatro o del cine, pese a las inmensas diferencias que pueden separarlos de los parados, y también entre sí, viven con el miedo al paro y, muchas veces, bajo la amenaza del chantaje que éste permite ejercer sobre ellos. La precariedad laboral permite nuevas estrategias de dominación y explotación, basadas en el chantaje del despido, que se ejerce actualmente sobre toda la jerarquía, en las empresas privadas e incluso públicas, y que hace pesar sobre el conjunto del mundo del trabajo y, muy especialmente, sobre las empresas de producción cultural, una censura aplastante, que impide la movilización y la reivindicación. La degradación generalizada de las condiciones de trabajo se ha hecho posible, o incluso se ha visto favorecida, por el paro, y el hecho de que tantos franceses se sientan y se manifiesten solidarios de una lucha como la de los parados es porque lo saben, aunque sea confusamente. Ésta es la razón de que pueda afirmarse, sin jugar con las palabras, que la movilización de aquellos cuya existencia constituye, sin duda, el factor principal de la desmovilización es el más extraordinario estímulo para la movilización, para la ruptura con el fatalismo político.

El movimiento de los parados franceses constituye también un llamamiento a todos los parados y trabajadores precarios de toda Europa: ha aparecido una idea subversiva nueva, y puede convertirse en un instru-

mento de lucha del que cada movimiento nacional puede aprovecharse. Los parados recuerdan a todos los trabajadores que están vinculados con ellos: que los parados cuya existencia pesa tanto sobre ellos y sobre sus condiciones de trabajo son el producto de una política; que una movilización capaz de superar las fronteras que separan, en el interior de cada país, a los trabajadores de los no trabajadores y, por otra parte, las que separan al conjunto de los trabajadores y no trabajadores de un determinado país de los trabajadores y no trabajadores de los demás países podría contrarrestar la política que hace que los no trabajadores puedan condenar al silencio y la resignación a los que gozan del inseguro «privilegio» de tener un trabajo más o menos precario.

París, enero de 1998

Todos los que han trabajado, día tras día, durante años, para recibir a los refugiados argelinos, escucharlos, ayudarles a redactar sus currículum vitae y a realizar gestiones en los ministerios, acompañarlos ante los tribunales, escribir cartas a las instituciones administrativas, representarlos ante las autoridades responsables, solicitar visados, autorizaciones, permisos de residencia, que se han movilizado, desde junio de 1993, desde los primeros asesinatos, no sólo para aportar toda la ayuda y protección que era posible, sino para intentar informarse e informar, comprender y hacer comprender una realidad compleja, y que han luchado, incansablemente, por medio de intervenciones jurídicas, conferencias de prensa, artículos en los periódicos, para alejar la crisis argelina de las visiones unilaterales, todos los intelectuales de todos los países que se han unido para combatir la indiferencia o la xenofobia, para reclamar el respeto a la complejidad del mundo desentrañando las confusiones, deliberadamente alimentadas por algunos,

1. Este texto, escrito en enero de 1998, estaba inédito.

han descubierto de repente que todos los esfuerzos podían quedar destruidos, aniquilados, por dos artículos, un mitin y un programa de televisión.

Dos artículos¹ escritos al término de un viaje con escolta, programado, señalado y vigilado por las autoridades o el ejército argelinos, publicados en el diario francés más importante, aunque atiborrados de banalidades y errores y totalmente orientados hacia una conclusión simplista, adecuada para satisfacer la compasión superficial y el odio racial, maquillada de indignación humanista. Un mitin «unanimista» que reagrupaba a toda la flor y nata de la *intelligentsia* mediática y la clase política, desde el liberal integrista al ecologista oportunista, pasando por la «pasionaria» de los «erradicadores». Un programa de televisión absolutamente tendencioso bajo una apariencia de neutralidad. Y ya se le ha dado la vuelta a la tortilla. El contador vuelve a ponerse a cero. El intelectual negativo ha cumplido su papel: ¿quién querrá llamarse solidario de un hatajo de degolladores, violadores y asesinos, sobre todo cuando se trata de gentes calificadas, alegremente, de «locos del islam», envueltos en el nombre maldito de islamismo, condensación de todos los fanatismos orientales, pintiparado para conceder al desprecio racial la coartada indispensable de la legitimidad ética y laica?

Para plantear el problema en términos tan caricaturescos, no es necesario ser un genio. Sin embargo, ello le ha valido al responsable de esa operación de

1. Referencia a dos artículos de Bernard-Henri Lévy, aparecidos en *Le Monde*.

baja estofa simbólica, antítesis absoluta de todo lo que define al intelectual –la libertad con respecto a los poderes, la crítica de los tópicos, la demolición de las alternativas simplistas, la restitución de la complejidad de los problemas–, ser consagrado por los periodistas como intelectual de pleno derecho.

Y, sin embargo, conozco a toda clase de personas que, aunque sepan perfectamente todo eso, por haberse enfrentado cien veces a esas fuerzas, recomenzarán, cada uno en su momento y con sus medios, a emprender unas acciones sobre las que siempre pende la amenaza de que sean destruidas por un informe rutinario, superficial o malintencionado, o de que se apoderen de ellas, en caso de éxito, los oportunistas y los conversos de última hora, que se obstinarán en escribir puntualizaciones, refutaciones o desmentidos condenados a ser recubiertos por el oleaje ininterrumpido de la cháchara mediática, convencidos de que, como ha demostrado el movimiento de los parados, culminación de un trabajo oscuro y a veces tan desesperado que aparece como una especie de arte por el arte de la política, es posible, con el paso del tiempo, hacer avanzar un poco, y sin retroceso, la roca de Sísifo.

Porque, mientras pasaba ese tiempo, unos «responsables» políticos hábiles para neutralizar los movimientos sociales que contribuyeron a auparlos al poder, seguían dejando a millares de «indocumentados» sumidos en el temor o los devolvían sin miramientos al país del que habían huido, y que podía ser Argelia.

París, enero de 1998

EL NEOLIBERALISMO, UTOPIA (EN VÍAS DE REALIZACIÓN) DE UNA EXPLOTACIÓN ILIMITADA

¿El modelo económico es realmente, como pretende el discurso dominante, un orden puro y perfecto, que desarrolla de modo implacable la lógica de sus consecuencias previsibles y está dispuesto a reprimir todas las carencias mediante las sanciones que inflige, sea de manera automática, sea, más excepcionalmente, mediante la intervención de su brazo armado, el FMI o la OCDE, y las políticas drásticas que imponen, disminución del coste de mano de obra, reducción de los gastos públicos y flexibilización del trabajo? ¿Y si sólo fuera, en realidad, la puesta en práctica de una utopía, el neoliberalismo, convertida de ese modo en *programa político*, pero una utopía que, con la ayuda de la teoría económica en la que se ampara, llega a pensarse como la descripción científica de lo real?

Esta teoría tutelar es una pura ficción matemática, basada, desde su origen, en una formidable abstracción (que no se reduce, como pretenden creer los economistas que defienden el derecho a la inevitable abstracción, al efecto, constitutivo de cualquier proyecto científico, de la construcción de un objeto como aprehensión deli-

beradamente selectiva de lo real): la misma que, en nombre de una concepción tan mezquina como estricta de la racionalidad identificada con la racionalidad individual, consiste en dejar en suspenso las condiciones económicas y sociales de los dispositivos racionales (y, en especial, de la disposición calculadora aplicada a las cosas económicas que está en el fundamento de la visión neoliberal) y de las estructuras económicas y sociales que son la condición de su ejercicio, o, más exactamente, de la producción y la reproducción de esas disposiciones y esas estructuras. Basta con pensar, para dar una idea de la omisión, en el sistema de la enseñanza, que jamás es tomado en consideración *como tal* en una época en que desempeña un papel decisivo, tanto en la producción de bienes y servicios como en la producción de productores. De esta especie de pecado original, inscrito en el mito walrasiano de la «teoría pura», se desprenden todas las carencias y todos los incumplimientos de la disciplina económica, y la fatal obstinación con que se aferra a la oposición arbitraria que hace existir, por su mera existencia, entre la lógica propiamente económica, basada en la concurrencia y portadora de eficacia, y la lógica social, sometida a la regla de la equidad.

Una vez dicho esto, esa «teoría», originariamente desocializada y deshistorizada, tiene, hoy más que nunca, los medios para *llegar a ser verdadera*, empíricamente verificable. En efecto, el discurso neoliberal no es un discurso como los demás. A la manera del discurso psiquiátrico en el manicomio, según Erving Goffman, es un «discurso fuerte», fuerte y difícil de combatir, porque

cuenta a su favor con todas las fuerzas de un mundo de relaciones de fuerza que contribuye a que sea tal cual es, especialmente orientando las opciones económicas de los que dominan las relaciones económicas y añadiendo así su fuerza propia, típicamente simbólica, a esas relaciones de fuerza.¹ En nombre de ese programa científico de conocimiento, convertido en programa político de acción, se realizó un inmenso *trabajo político* (negado, ya que, al parecer, es puramente negativo) tendente a crear las condiciones de realización y funcionamiento de la «teoría»; un *programa de destrucción metódica de los colectivos* (la economía neoclásica sólo quería saber de los individuos, ya se tratara de empresas, sindicatos o familias).

El movimiento, facilitado por la política de desorden financiero, hacia la utopía neoliberal de un mercado puro y perfecto, se realizó mediante la acción transformadora y, es imprescindible decirlo, destructora de todas las medidas políticas (la más reciente de las cuales es el AMI, Acuerdo Multilateral sobre la Inversión, destinado a proteger a las empresas extranjeras y a sus inversiones contra los Estados nacionales), y que se propone *cuestionar todas las estructuras colectivas* capaces de obstaculizar la lógica del mercado puro: *nación*, cuyo margen de maniobra no deja de disminuir; *grupos de trabajo*, con, por ejemplo, la individualización de los salarios y las carreras en función de las competencias individuales y la atomización de los trabajadores que de

1. E. Goffman, *Asiles. Études sur la condition sociale des malades mentaux*, Éd. de Minuit, París, 1968.

ahí resulta; *colectivos de defensa* de los derechos de los trabajadores, sindicatos, asociaciones, cooperativas; *familia* incluso, que, mediante la constitución de mercados por categorías de edad, pierde una parte de su control sobre el consumo. Al extraer su fuerza social de la fuerza politicoeconómica de aquellos cuyos intereses expresa, accionistas, operadores financieros, industriales, políticos conservadores o socialdemócratas convertidos a los abandonos tranquilizadores del *laisser-faire*, altos funcionarios de las finanzas, que pueden empecinarse en imponer una política que predique su propia desaparición porque, a diferencia de los cuadros de las empresas, no corren el menor riesgo de pagar eventualmente sus consecuencias, el programa neoliberal tiende globalmente a ensanchar la brecha entre la economía y las realidades sociales y a construir así, en realidad, un sistema económico conforme a la descripción teórica, es decir, una especie de técnica lógica, que se presenta como una cadena de constreñimientos que arrastra a los agentes económicos.

La mundialización de los mercados financieros, unida al proceso de las técnicas de información, asegura una movilidad sin precedentes de los capitales y da a los inversores (o accionistas) preocupados por sus intereses inmediatos, es decir, por la rentabilidad a corto plazo de sus inversiones, la posibilidad de comparar en todo momento la rentabilidad de las mayores empresas y sancionar, por consiguiente, los fracasos relativos. Las propias empresas, colocadas bajo esa amenaza permanente, tienen que ajustarse de manera cada vez más rápida a las exigencias de los mercados, so pena de «per-

der», como se dice, la «confianza de los mercados», y con ello el apoyo de los accionistas que, preocupados por conseguir una rentabilidad a corto plazo, son cada vez más capaces de imponer su voluntad a los *managers*, de fijarles unas normas, mediante las direcciones financieras, y orientar sus políticas en materia de contratación, empleo y salario. Así se instaaura el reinado absoluto de la flexibilidad, con la contratación por obra o interina y la constante repetición de «planes de saneamiento», así como con la instauración, en el seno mismo de la empresa, de la concurrencia entre filiales autónomas, entre equipos obligados a la polivalencia, y, finalmente, entre individuos, a través de la *individualización* de la relación salarial; establecimiento de objetivos individuales; instauración de entrevistas individuales de evaluación; aumentos individualizados de los salarios o concesión de primas en función de la competencia y el mérito individuales; carreras individualizadas; estrategias de «responsabilización» que tienden a asegurar la autoexplotación de determinados mandos intermedios que, simples asalariados bajo fuerte dependencia jerárquica, son considerados, al mismo tiempo, responsables de sus ventas, sus productos, su sucursal, su almacén, etcétera, como si fueran «independientes»; exigencia del «autocontrol», que amplía la «implicación» de los asalariados, de acuerdo con las técnicas del «*management* participativo», mucho más allá de lo que se exigiría de los mandos intermedios. Todas estas técnicas de sujeción racional, que imponen la superimplicación en el trabajo, y no sólo de quienes tienen puestos de responsabilidad, así como el trabajo sin respiro, con-

tribuyen a abolir las referencias y las solidaridades colectivas.¹

La institución práctica de un mundo darwiniano que descubre las motivaciones de la adhesión al trabajo y a la empresa en la inseguridad, el sufrimiento y el estrés² no podría, sin duda, haber triunfado de manera tan completa de no haber encontrado la complicidad de los *hábitos precarizados* que produce la inseguridad y no haber dispuesto de la existencia, a todos los niveles de la jerarquía, sin excluir los más elevados, especialmente entre los mandos intermedios, de un *ejército de reserva de mano de obra domada por la precarización* y por la amenaza permanente del paro. El fundamento último de todo ese orden económico situado bajo la invocación de la libertad de los individuos es, en efecto, la *violencia estructural* del paro, la precariedad y el *miedo* que inspira la amenaza del despido: la condición del funcionamiento «armonioso» del modelo microeconómico individualista y el principio de la «motivación» individual para el trabajo residen, en último término, en un fenómeno de masas, la existencia de un ejército de reserva de parados. Ejército que, por otra parte, no lo es, ya que el paro aísla, atomiza, individualiza, desmoviliza e insolidariza.

1. Cabe consultar, sobre todo eso, los dos números de *Actes de la recherche en sciences sociales* dedicado a las «Nouvelles formes de domination dans le travail» (1 y 2), 114, septiembre de 1996, y 115, diciembre de 1996, y, muy especialmente, a la introducción de Gabrielle Balazs y Michel Pialoux, «Crise du travail et crise du politique», 114, pp. 3-4.

2. C. Dejours, *Souffrance en France. La banalisation de l'injustice sociale*, Éd. du Seuil, París, 1997.

Esta violencia estructural pesa también sobre lo que se llama el contrato (sabiamente racionalizado y desrealizado por la «teoría de los contratos»). El discurso empresarial jamás ha hablado tanto de confianza, cooperación, lealtad y cultura de empresa como en una época en la que se consigue la adhesión de cada instante haciendo desaparecer todas las garantías temporales (las tres cuartas partes de las contrataciones son temporales, el porcentaje de empleos precarios no cesa de aumentar, el despido individual tiende a dejar de estar sometido a cualquier restricción). Adhesión que, por otra parte, sólo puede ser insegura y ambigua, porque la precariedad, el miedo al despido y la reducción de plantilla pueden, al igual que el paro, engendrar la angustia, la desmoralización o el conformismo (otras tantas taras que la literatura gestiona verifica y deplora). En ese mundo sin inercia, sin principio inmanente de continuidad, los dominados están en la posición de las criaturas en un universo cartesiano: penden de la decisión arbitraria de un poder responsable de la «creación continuada» de su existencia, como lo demuestra y lo recuerda la amenaza del cierre de las fábricas, la retirada de las inversiones y la deslocalización.

El sentimiento profundo de inseguridad e incertidumbre sobre el futuro y sobre uno mismo que afecta a todos los trabajadores, de ese modo precarizados, debe su colaboración especial al hecho de que el principio de división entre los que han sido empujados al ejército de reserva y los que trabajan parece residir en la *competencia escolarmente garantizada*, que aparece también en el principio de las divisiones, en el seno de la empresa

«tecnificada» entre los mandos intermedios o los «técnicos» y los simples obreros o los peones, nuevos parias del orden industrial. La generalización de la electrónica, la informática y las exigencias de calidad, que obliga a todos los asalariados a nuevos aprendizajes y perpetúa en la empresa algo equivalente a los exámenes escolares, tiende a acompañar la sensación de inseguridad de otra sensación, sabiamente mantenida por la jerarquía, de *indignidad*. El orden profesional y, detrás de él, todo el orden social, parece basado en un orden de las «competencias» o, peor aún, de las «inteligencias». Más quizás que las manipulaciones técnicas de los informes laborales y las estrategias especialmente preparadas con vista a conseguir la sumisión y la obediencia, que son objeto de una atención incesante y una reinversión permanente, más que la enorme inversión en personal, tiempo, investigación y trabajo que supone la invención continua de nuevas formas de gestión de la mano de obra y nuevas técnicas de mando, es la creencia en las jerarquías de las competencias escolarmente garantizadas lo que sustenta el orden y la disciplina en la empresa privada, así como, cada vez más, en la función pública: obligados a pensarse en relación con la gran nobleza de escuela, destinada a las tareas de mando, y con la pequeña nobleza de los empleados y de los técnicos encasillados en las tareas de ejecución, y en una situación de permanente provisionalidad, por estar siempre obligados a *demostrar su saber*, los trabajadores condenados a la precariedad y la inseguridad de un empleo incesantemente en el aire y amenazados con ser relegados a la indignidad del paro sólo pueden concebir una imagen de-

sencantada tanto de sí mismos vistos en cuanto individuos como de su grupo; en otros tiempos objeto de orgullo, arraigado en unas tradiciones y dotado de todo un patrimonio técnico y político, el grupo obrero, caso de que siga existiendo como tal, está condenado a la desmoralización, la desvalorización y la desilusión política, que se expresa en la crisis del militantisismo o, mucho peor, en la adhesión desesperada a las tesis del extremismo fascistoide.

Así vemos cómo la utopía neoliberal tiende a encarnarse en la realidad de una especie de máquina infernal, cuya necesidad se impone a los propios dominadores, a veces sacudidos, como George Soros, y tal o cual presidente de un fondo de pensiones, por la inquietud de los efectos destructores del imperio que ejercen y empujados a acciones compensatorias inspiradas en la misma lógica que quieren neutralizar, como las generosidades a lo Bill Gates. Al igual que el marxismo en otros tiempos, con el cual, desde ese punto de vista, tiene muchos puntos comunes, esta utopía suscita una formidable adhesión, la *free trade faith*, no sólo en los que viven de ella materialmente, como los financieros, los patronos de grandes empresas, etcétera, sino también en quienes sacan de ella las justificaciones de su existencia, como los altos funcionarios y los políticos que sacralizan el poder de los mercados en nombre de la eficacia económica, que exigen la supresión de las barreras administrativas o políticas que impiden a los poseedores de capitales la búsqueda puramente individual de la maximización del beneficio individual instituida en modelo de racionalidad, que quieren unos bancos centrales independientes,

y que predican la subordinación de los Estados nacionales a las exigencias de la libertad económica para los dueños de la economía, con la supresión de todas las reglamentaciones sobre todos los mercados, comenzando por el de trabajo, la supresión de los déficit y la inflación, la privatización generalizada de los servicios públicos, la reducción de los gastos públicos y sociales.

Sin compartir necesariamente los intereses económicos y sociales de los auténticos creyentes, los economistas tienen bastantes intereses específicos en el campo de la ciencia económica para aportar una contribución decisiva, sean cuales sean sus estados de ánimo respecto a los efectos económicos y sociales de la utopía que visten de razón matemática, a la producción y la reproducción de la fe en la utopía neoliberal. Separados por toda su existencia y especialmente toda su formación intelectual, las más de las veces meramente abstracta, libresca y teórica, del mundo económico y social tal como es, son, como en otros tiempos en el terreno de la filosofía, especialmente propensos a confundir las cosas de la lógica de las cosas. Confiados en modelos que prácticamente nunca han tenido ocasión de someter a la prueba de la verificación experimental, propensos a menospreciar las conquistas de las demás ciencias históricas, en las que no reconocen la pureza y la transparencia cristalina de sus juegos matemáticos, y cuya auténtica necesidad y profunda complejidad son a menudo incapaces de entender, participan y colaboran en un formidable cambio económico y social que, aunque algunas de sus consecuencias puedan horrorizarlos (son capaces de cotizar al partido socialista y dar sensatos

consejos a sus representantes en las instituciones de poder), no les disgusta completamente porque, aun a riesgo de algunos fracasos, imputables especialmente a lo que llaman «burbujas especulativas», tiende a hacer realidad la utopía ultraconsecuente (como algunas formas de locura) a la que dedican su vida.

Y, sin embargo, el mundo está ahí, con los efectos inmediatamente visibles de la puesta en práctica de la gran utopía neoliberal y el sufrimiento de una parte cada vez mayor de las sociedades más avanzadas económicamente, el incremento extraordinario de las diferencias entre las rentas, la desaparición progresiva de los universos autónomos de producción cultural, cine, educación, etcétera, y por consiguiente, con el tiempo, de los productos culturales, debido a la intrusión creciente de los criterios comerciales, pero también, y sobre todo, la destrucción de todas las instituciones colectivas capaces de contrarrestar los efectos de la máquina infernal, y, en primer lugar, del Estado, depositario de todos los valores universales asociados a la idea de lo *público*, y la imposición, sobre todo en las altas esferas de la economía y el Estado, o en el seno de las empresas, de esa especie de darwinismo moral que, con el culto del *winner*, formado en las matemáticas superiores y el arribismo, instaura la lucha de todos contra todos y el *cinismo* como normas de todas las prácticas. Y el nuevo orden moral, basado en la inversión de todas las tablas de valores, se afirma en el espectáculo, complacientemente difundido por los medios, de los más altos representantes del Estado, que, rebajando su dignidad estatutaria, multiplican sus encuentros con los patronos de las mul-

tinacionales, Daewoo o Toyota, o rivalizan en sonrisas y guiños de comprensión ante un Bill Gates.

¿Cabe esperar que la masa extraordinaria de sufrimiento que produce en el régimen politicoeconómico esté un día en el principio del movimiento capaz de detener la carrera al abismo? En realidad, nos hallamos ante una extraordinaria paradoja: mientras que los obstáculos encontrados en el camino de la realización del nuevo orden, el del individuo aislado, pero libre, se consideran actualmente imputables a las rigideces y los arcaísmos, y cualquier intervención directa y consciente, por lo menos cuando procede del Estado, por muchos rodeos que dé, está desacreditada de antemano, so pretexto de que está inspirada por funcionarios que obedecen a sus propios intereses y desconocen los intereses de los agentes económicos, y condenada, por tanto, a esfumarse en favor de un mecanismo puro y anónimo, el mercado (del que se olvida que también es el lugar de ejercicio de intereses), es, en realidad, la permanencia o la supervivencia de las instituciones y de los agentes del antiguo orden en vías de desmantelamiento, y todo el trabajo de todas las categorías de trabajadores sociales, y también todas las solidaridades sociales, familiares o de cualquier tipo, lo que hace que el orden social no se hunda en el caos pese al volumen creciente de la población precarizada. La transición hacia el «liberalismo» se realizó de manera insensible y, por lo tanto, imperceptible, como la deriva de los continentes, y ocultó así a las miradas sus efectos más terribles a largo plazo. Efectos que también son disimulados, paradójicamente, por las resistencias que suscita, a partir de ahora, por parte de

los que defienden el orden antiguo buscando en los recursos que ocultaba, en los modelos jurídicos o prácticos de asistencia y solidaridad que proponía, en los *habitus* que favorecía (entre las enfermeras, las instituciones de asistencia sociales, etcétera), en suma, en las reservas de capital social que protegen a una parte del orden social actual de la caída en la anomia. (Capital que, si no es renovado y reproducido, está condenado a la extinción, pero cuyo agotamiento no es inminente.)

Pero estas mismas fuerzas de «conservación», que es demasiado fácil tratar como fuerzas conservadoras, también son, en otro aspecto, fuerzas de *resistencia* a la instauración del nuevo orden, y pueden llegar a ser fuerzas subversivas, siempre que, en especial, se sepa llevar la lucha propiamente simbólica contra el incesante trabajo de los «pensadores» neoliberales para desacreditar y descalificar la herencia de palabras, tradiciones y representaciones asociadas a las conquistas históricas de los movimientos sociales del pasado y el presente; a condición también de que se sepa defender las instituciones correspondientes, derecho al trabajo, asistencia social, seguridad social, etcétera, contra la voluntad de devolverlos al arcaísmo de un pasado superado o, peor aún, de convertirlos, en contra de toda verosimilitud, en privilegios inútiles o inaceptables. No es un combate fácil, y tampoco es extraño que haya que conducirlo en frentes trastocados. Inspirándose en una intención paradójica de *subversión orientada hacia la conservación o la restauración*, los revolucionarios conservadores se empeñan en convertir en resistencias reaccionarias las

reacciones defensivas suscitadas por unas acciones conservadoras que ellos describen como revolucionarias; y condenan como defensa arcaica y retrógrada de «privilegios» reivindicaciones o revueltas que arraigan en la invocación de los derechos adquiridos, es decir, en un pasado amenazado de degradación o destrucción por sus medidas regresivas, las más ejemplares de las cuales son el despido de los sindicalistas o, más radicalmente, de los veteranos, conservadores de las tradiciones del grupo.

Así pues, si cabe conservar alguna esperanza razonable, reside en que siguen existiendo en las instituciones estatales, así como en las disposiciones de los agentes (especialmente los más vinculados a esas instituciones, como la pequeña nobleza de Estado), fuerzas que, bajo la apariencia de limitarse a defender, como se les reprocha inmediatamente, un orden desaparecido y los «privilegios» correspondientes, tienen que trabajar, en realidad, para resistir a la prueba, en inventar y construir un orden social que no tenga como ley exclusiva la búsqueda del interés egoísta y la pasión individual del beneficio, y que deje lugar a unos colectivos orientados hacia la *búsqueda racional de fines colectivamente elaborados y aprobados*. Entre esos colectivos, asociaciones, sindicatos, partidos, hay que otorgar un lugar especial al Estado, Estado nacional o, mejor aún, supranacional, es decir, europeo (etapa hacia un Estado mundial), capaz de controlar e imponer eficazmente los beneficios realizados en los mercados financieros; capaz también, y sobre todo, de contrarrestar la acción destructora que estos últimos ejercen, con la ayuda de los sindicatos, la elabo-

ración y la defensa del *interés público* que, quiérase o no, jamás saldrá, ni siquiera a costa de alguna falsedad en escritura matemática, de la visión de contable (en otros tiempos se habría dicho de «tendero») que la nueva creencia presenta como la forma suprema de la realización humana.

París, enero de 1998

REFERENCIAS CITADAS

- ACCARDO, Alain, con G. ABOU, G. BALASTRE, D. MARINE, *Journalistes au quotidien. Outils pour une socioanalyse des pratiques journalistiques*, Le Mascaret, Burdeos, 1995.
- Actes de la recherche en sciences sociales*, «L'économie de la raison», 81-82, marzo de 1990.
- «La souffrance», 90, diciembre de 1991.
- «Esprits d'État», 96-97, marzo de 1993.
- «Les nouvelles formes de domination dans le travail», 114 y 115, septiembre y diciembre de 1996.
- «Histoire de l'État», 116-117, marzo de 1997.
- «Les ruses de la raison impérialiste», 121-122, marzo de 1998.
- BLOCH, Ernst, *L'esprit de l'utopie*, Gallimard, París, 1977.
- BOSCHETTI, Anna, *Sartre et Les Temps Modernes: une entreprise intellectuelle*, Éditions de Minuit, París, 1985.
- BOURDIEU, Pierre, *Travail et travailleurs en Algérie*, Mouton, Paris-La Haye, 1963 (con A. Darbel, J. P. Rivet, C. Seibel).

- *Algérie 60, structures économiques et structures temporelles*, Éditions de Minuit, Paris, 1977.
- *La noblesse d'État*, Éditions de Minuit, Paris, 1989.
- «Le racisme de l'intelligence», en *Questions de sociologie*, Éditions de Minuit, Paris, 1980.
- «Deux impérialismes de l'universel» en C. Fauré y T. Bishop (eds.), *L'Amérique des Français*, Éditions François Bourin, Paris, 1992, pp. 149-155.
- CHAMPAGNE, Patrick, *Faire l'opinion*, Éditions de Minuit, Paris, 1990.
- «Le journalisme entre précarité et concurrence», *Liber*, 29, diciembre de 1996.
- CHARLE, Christophe, *Naissance des intellectuels*, Éditions de Minuit, Paris, 1990.
- DIXON, Keith, «Les évangélistes du Marché», *Liber*, 32, septiembere de 1997, pp. 5-6.
- DEJOURS, Christophe, *Souffrance en France. La banalisation de l'injustice sociale*, Éditions du Seuil, Paris, 1997.
- DEZALAY, Yves, con D. SUGARMAN, *Professional Competition Power. Lawyers, Accountants and the Social Construction of Markets*, Routledge, Londres-Nueva York, 1995, pp. XI-XIII.
- con B. G. GARTH, *Dealing in Virtue*, The University of Chicago Press, Chicago-Londres, 1995, pp. VII-VIII.
- FALLOWS, James, *Breaking the News. How Media Undermine American Democracy*, Vintage Books, Nueva York, 1997.
- GOFFMAN, Erving, *Asiles, études sur la condition sociale des malades mentaux*, Éditions de Minuit, Paris, 1968.

- GRÉMION, Pierre, *Preuves, Une revue européenne à Paris*, Julliard, Paris, 1989.
- *Intelligence de l'anti-communisme, le congrès pour la liberté de la culture à Paris*, Fayard, Paris, 1995.
- HALIMI, Serge, *Les nouveaux chiens de garde*, Liber-Raisons d'Agir, Paris, 1997.
- Liber*, «Mouvements divers. Le choix de la subversion», 33, décembre de 1997.
- SALESSE, Yves, *Propositions pour une autre Europe. Construire Babel*, Éditions du Félin, Paris, 1997.
- THÉRET, Bruno, *L'État, la finance et le social*, La Découverte, Paris, 1995.
- VIDAL-NAQUET, Pierre, *Les Juifs, la mémoire et le présent*, La Découverte, Paris, tomo I, 1981. tomo II, 1991.
- WACQUANT, Loïc, «De l'État charitable à l'État pénal: notes sur le traitement politique de la misère en Amérique», *Regards sociologiques*, 11, 1996.

ÍNDICE

<i>Al lector</i>	7
La mano izquierda y la mano derecha del Estado	11
Sollers tal como es	23
La suerte de los extranjeros como piedra de toque	27
Los abusos de poder que se valen de la razón o se amparan en ella	32
La voz del ferroviario	34
Contra la destrucción de una civilización	38
El mito de la «mundialización» y el Estado social europeo	43
Lo que piensa Tietmeyer	64
Los científicos, la ciencia económica y el movimiento social	73
Por un nuevo internacionalismo	83
La televisión, el periodismo y la política	95

De nuevo sobre la televisión	107
Esos «responsables» que nos declaran irresponsables	117
Actualmente, la precariedad está en todas partes	120
El movimiento de los parados, un milagro social	129
El intelectual negativo	133
El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada	136
<i>Referencias citadas</i>	151

Pierre Bourdieu se ha convertido en la imprescindible referencia intelectual para todos aquellos que, situados a la izquierda de la izquierda, se adscriben al «movimiento social» sin dejar de inscribirse en una perspectiva europea.

Contrafuegos reúne las intervenciones públicas de Pierre Bourdieu desde 1995, con el sentimiento de un «furor legítimo» contra la «invasión neoliberal» y «el mito de la mundialización» que tantos políticos e intelectuales proponen como inevitable. Frente a estos defensores de la «revolución conservadora», Bourdieu alerta contra los peligros de olvidar la teoría e insta a inventar «nuevas formas de expresión que permitan comunicar a los militantes los logros más avanzados de la investigación».

Bourdieu constata que hay razones para la esperanza, tras el «milagro social» de las huelgas de diciembre de 1995 en Francia y las ocupaciones espontáneas de 1998 a cargo de los huelguistas.

«La emergencia de una resistencia, surgida de los más desfavorecidos, preludio a una liga generalizada de ciudadanos que convoque a parados, trabajadores sociales, servidores públicos, intelectuales, artistas contra esta amenaza social que constituye la economía "pura" sin ninguna cortapisa» (*Le Temps*).

«Mediante su nuevo opúsculo, *Contrafuegos*, un manifiesto contra el "azote neoliberal", Bourdieu reafirma la independencia del sociólogo respecto a la política y la economía. Con su colectivo Raisons d'Agir, encarna de ahora en adelante la nueva figura del intelectual resistente» (Claude Julliard, *Le Nouvel Observateur*).

Pierre Bourdieu (1930-2002), uno de los más prestigiosos y polémicos pensadores de nuestro tiempo, fue profesor de sociología en el Collège de France y director de estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Dirigió la revista *Actes de la recherche en sciences sociales* y la colección de opúsculos Liber-Raisons d'Agir. En esta colección se han publicado *Lección sobre la lección*, *Las reglas del arte*, *Razones prácticas*, *Sobre la televisión*, *Meditaciones pascalianas*, *Contrafuegos*, *La dominación masculina*, *Contrafuegos 2*, *Las estructuras sociales de la economía* y *El oficio de científico*.



9 788433 905710